

CAPITULO 2

LAS INVASIONES SEMITAS, CONSTITUTICON DE CIVILIZACIONES SECUNDARIAS Y CULTURAS ORIGINALES

En este capítulo abordaremos, al nivel de la Historia Universal del núcleo mítico—ontológico, la tercera parte de nuestra interpretación. En la primera hemos estudiado las culturas básicas o fundamentales, en la segunda los indoeuropeos, que en el momento de la culminación del Imperio Romano —y los otros Imperios indoeuropeos hasta el Ganges y el Dekhan— dominan el mundo. Ahora queremos analizar otro movimiento, otra tradición, otro grupo humano, creador al nivel de la civilización, de los instrumentos, pero muy secundario en este sentido. Ninguna de las civilizaciones que estudiaremos en este capítulo se distinguieron —y si hubo alguna fue en sus comienzos, los Acadios, Babilónicos y Asirios— por sus objetivaciones materiales. En cambio, estos pueblos semitas serán realmente inigualables al nivel del ethos y del núcleo mítico-ontológico, transformando radicalmente el sentido, las actitudes, los últimos valores de las civilizaciones con las cuales les tocará vivir y convivir. Tenemos conciencia de proponer una nueva interpretación de estos fenómenos. Ninguna exposición de las Historias Universales que hemos indicado hasta ahora en esta obra tiene en cuenta esta división que queremos justificar aquí. Se trata de un equívoco fundamental y que estudiaremos detalladamente en otro trabajo¹.

Los pueblos semitas de las zonas esteparias y desérticas de la gran península arábiga, habitaron habitualmente en Mesopotamia, en Siria, en Egipto y llegaron hasta Etiopía. Dominaban, entonces, el paso entre Eurasia y África. El inmenso desierto de Neydd, tiene algunos contados Oasis —en su centro el de Er Riad—. Al sudoeste hay una zona fértil para la agricultura, Asir Yemen, e igualmente al sudeste, Oman. La ciudad de Medina está junto a unos Oasis, y la Mecca en el extremo norte del Yemen. Sus habitantes, desde el Paleolítico, fueron nómadas, y en el Neolítico se transforman lentamente en pastores beduinos de camellos y cabras. Su alimento fue la leche de camella, los dátiles. El hombre debe luchar contra la sequía permanente y el calor abrasador del desierto (los desiertos de lava, *harra*, de

¹ Estamos terminando una investigación sobre *El Humanismo Semita*, que comprende en su primer parte desde los Acadios, hasta Israel, y en una segunda parte el Cristianismo, el Islam e ideologías que dependen de la misma postura (como por ejemplo la cosmovisión del semitismo secularizado: el marxismo). Sobre la pobreza de la civilización como condición de la creatividad al nivel del núcleo mítico-ontológico, nos dice Claude Tresmontant en su libro *Etudes de Métaphysique Biblique*, Gabalda, París, 1955, p 217: “La pauvreté de la civilisation palestinienne biblique, la pauvreté de la langue hébraïque, la pauvreté des nabis d’Israël... sont la condition nécessaire à l’universalité de l’Enseignement et à sa capacité d’expansion... Si (elle) avait été chargée de toutes les superstructures contingentes qui son l’apanage d’une *civilisation* commen aurait-elle pu se répandre et se communiquer aux autres civilisations?”.

arena, *nefoud*, de piedras, *hamada*), lo que crea en ellos un *ethos*, un temple, un carácter de suma dureza pero al mismo tiempo de gran hidalguía, fidelidad y altruismo.

Los más recientes descubrimientos manifiestan que todos estos pueblos no debieron ser originarios de la península arábiga, sino más bien emigrantes venidos por nordeste —quizá del Turquestán—. De todos modos, se arraigaron tan profundamente en la península arábiga, que en el momento del nacimiento de la Proto-historia latinoamericana —es decir, de la Historia Mediterránea—, podrán, ya creerse procedentes de ese lugar.

§ 31. BABILONICOS, ASIRIOS, FENICIOS Y HEBREOS

Como podrá observarse, deberemos aquí retomar la exposición dejada inconclusa en el § 14, es decir, continuar el análisis de las culturas mesopotámicas. Esta división, un tanto artificial, nos es dictada por una exigencia metodológica. Los pueblos semitas, no sólo han ya aparecido al nivel del Reino de Acad, sino que, como hemos indicado más arriba, aún los proto-súmeros y los mismos Egipcios de las primeras Dinastías poseían, aunque secundariamente, influencias semitas —tanto cultural como racialmente. Puede entonces comprenderse que toda la zona de la Media Luna —cuyo centro es el desierto Sirio y Árabe— soportó, ya en el Mesolítico, las influencias de los semitas. Por nuestra parte, hemos debido primeramente exponer las Culturas básicas —y por ello la Sumeria, Acadia y Egipto—, donde las influencias semíticas están todavía desprovistas del genio propio que se manifestará claramente mucho después. Después, y para explicar la amplitud y significación de la nueva etapa, hemos debido indicar la posición de los pueblos indoeuropeos, ahora, volviendo a etapas anteriores, manifestaremos toda la tradición semita, de manera continua, para comprender su importancia y para evitar la falsa interpretación, que tanto mal ha hecho en el enjuiciamiento acertado del fenómeno *sui generis* que será la constitución de la Cristiandad europea.

[1] La decadencia de la tercera Dinastía de la ciudad de Ur permitió a tribus semitas hacerse cargo de la situación en Mesopotamia —así como Sargón había reinado desde 234 a. C. en Acad. Un siglo había transcurrido desde la caída de Ibbisin, cuando emergió en Babilonia el Rey Hammurabi, semita, que gobernó entre el 1792-1750 a. C. (¿1728-1686?). Gracias a los archivos descubiertos en Mari² vemos como de entre más de treinta Estados, algunos de ellos de los amorreos-semitas, se destacaron los de Mari, Babilonia (en el centro) y Asiria (al norte). Hammurabi supo imponerse, y en el *Epílogo* de su famoso *Código de Hammurabi* se escribe:

² Cfr. Sabatino Moscati, *Las antiguas civilizaciones semíticas*, Garriga, Barcelona, 1960, p. 34 ss. Sobre los semitas, además de la bibliografía indicada en nuestra obra *El humanismo semita*, EUDEBA, Buenos Aires, 1969; además véanse: S. Moscati, *The Semites in Ancient History*, Cardiff, 1959; J. Kuper-Bottero-Boyer, *Archives royales de Mari*, París, 1941 ss.; L. King, *The letters and inscriptions of Hammurabi*, Londres, 1989, t. I-III; considérense las Historias Universales que hemos citado hasta el presente; en *C. y las religiones del mundo*, II, bibliografía en pp. 418-419; *Historie des religions*, Bloud et Gay, París, s. f., t. II; *The Cambridge Ancient History*, vol. I-ss.

“He puesto fin a la guerra, he creado el bienestar, he dado descanso al pueblo en moradas tranquilas, no he tolerado la intromisión de los perturbadores... los he gobernado en paz, los he defendido con mi sabiduría, de modo que el fuerte no oprimiese al débil, y se hiciera justicia al huérfano y a la viuda...”

La Dinastía babilónica duró casi dos siglos (desde Sammusuditana I hasta Sammsuditana II), siendo conquistada la gran ciudad por Mursili I (en el 1530 a. C. según la cronología corta, y en torno al 1600 según otras interpretaciones). Por primera vez los indoeuropeos se imponen sobre los semitas —gracias al Imperio Hitita—; y, como veremos, poco a poco le desplazarán en todos los frentes. Alepo, de la zona Siria de los semitas de Amurru, ha sido igualmente tomada por Mursili I en el 1535 a. C. según la cronología corta. Poco después, Gandash, el Kassita, se impone sobre Babilonia, que quedará dominada hasta el siglo XI a. C.

Al norte de Babilonia, sobre el Tigris, desde el siglo XX a. C., se había organizado un reino semita, cuya capital era Assur (Ashshur)³. Poseemos desde hace poco una lista procedente de Khorsabad⁴, donde figuran los reyes *Asirios*, unos son de nombres hurritas (es decir, indoeuropeos), pero la mayoría semitas. Debieron, entonces, recibir la influencia de los Reinos Mitanni —cuyo apogeo se sitúa entre el siglo XVI y XV a. C.—. La decadencia de éstos permitió a los Asirios un lento pero seguro proceso civilizador. Nínive será por su parte, la ciudad de los santuarios, la meta de las peregrinaciones Asirias. Aunque dependientes de Ur, de Babilonia o de los hurritas, los Asirios mantuvieron sus tradiciones. Su primer esplendor se debió a Shamshi-Adad I, contemporáneo de Hammurabi, pero manteniéndose todavía como un reino vasallo y de segunda categoría. Las incursiones de los arameos desorganizaban las relaciones comerciales⁵. Los Asirios comienzan las luchas contra las Kassitas de Babilonia, que logra sin embargo dominarlos desde el siglo XIV a. C. En ese momento en que los Hititas estaban en su apogeo, y el Egipto debió aún inclinarse ante su poder, Asiria comienza igualmente a ser reconocida como Reino independiente. Pero es sólo con Tiglat-Pileser I (muerto en 1060 a. C.?), que los semitas logran reeditar las proezas de sus antecesores Acadios, y constituyen un gran Reino que llega al Mediterráneo:

“(Yo soy) Tiglat-Pileser, rey legítimo, rey del mundo, rey de Asiria, rey de las cuatro partes de la tierra, el héroe poderoso protegido por los oráculos de Assur y de Ninurta... Bajo el mando de mi señor Assur, mi mano ha extendido la conquista más allá del río Zab meridional hasta el mar Superior, que está al Occidente... Después me he dirigido al Líbano... He vuelto contra la región de Amurru... He recibido el tributo de Biblos, de Sidón y de Arvad...”⁶.

Assur unifica entonces la Mesopotamia hasta el Caspio y el Mediterráneo, y logrará asegurar y aumentar sus conquistas durante cinco siglos. El último Rey Asirio será Assurbanipal derrotado en el 614 a. C. Pero antes, los Asirios había llegado a conquistar el Egipto:

³ Cfr. *The Cambridge Ancient History*, vol. III, pp. 1 ss.

⁴ Cfr. *Les premières civilisations*, en *Peuples et civilisations*, I, pp. 162 ss.

⁵ Turner, *op. cit.*, p. 239.

⁶ Citado por Moscati, p. 37

“En mi primera campaña marché contra Egipto y Etiopía —dice Assurbanipal—. Tihaka, rey de Egipto y de Nubia... olvidó el poder de Assur... Con la ayuda de Assur, Bel y Nabu, los grandes dioses mis señores que avanzan a mi lado, derroté sus ejércitos en una gran batalla campal.”⁷

La caída del Imperio Asirio la produjeron los Medos, indoeuropeos, que dominaban el norte del Irán. Junto con ellos, había participado el rey de Babilonia, ahora renaciente, llamado Nabopolasar —semita de la familia de los caldeos.

Este rey (625-605 a. C.) logra reconquistar para Babilonia toda la Mesopotamia —menos el norte en manos de los Medos—. En la 612 a. C. conquistan, Medos y Babilónicos a Nínive. Los Egipcios, que pretenden un equilibrio de fuerzas llegan tarde para apoyar a los Asirios (con el Faraón Neka II, 609-594 a. C.), derrotando de paso en Meguido al Rey de Judá, Josías, que pretendía por su parte apoyar a los Babilónicos. Mientras tanto los Medos, continuaban sus victorias en el norte⁸.

El florecimiento de Babilonia —bajo Nabucodonosor y Nabonideno alcanzó un siglo, porque ya en el 538 a. C., Cirio, el Rey Persa, ocupaba Babilonia que nunca más podrá reponerse de su derrota. En ese siglo (614-538 a. C.) Babilonia había mantenido las conquistas Asirias, sin poder recuperar Egipto, pero implantando mucho mejor su dominio sobre Palestina:

“Para Marduk, el soberano, hice navegar hasta Babilonia, al igual que cañas llevadas por el río, vigoroso cedros, altos y fuertes... abundante producto del Líbano”⁹.

Mientras los últimos Caldeos de la Babilonia derrotada se entristecen por la destrucción, los que habían sido sus súbditos esclavizados cantan himnos de alegría:

“ Siéntate en el polvo (en signo de duelo),
virgen, hija de Babilonia.
Póstrate en tierra, destronada,
hija de los Caldeos” (*Isaías* 47, 1).
“Salid de Babilonia, huid de los Caldeos.
Con un cántico de alegría anunciad y proclamad
e idos hasta la extremidad de la tierra.
Decid: Yahveh ha liberado a su servidor Jacob” (*Ibid.*, 48, 20).

[2] Una zona privilegiada, ya que significaba el puente que necesariamente debió ser siempre cruzado, fue el área geográfica ocupada por los Fenicios —sobre el Mediterráneo—, por los Sirios —entre los Antilíbanos y el desierto sirio—, y Palestina —al sur de los dos

⁷ *Ibid.*, p. 39. Las conquistas Asirias con Sargón II (722-705 a. C.) tenían como límite el Nilo y el Halys (de los Hititas) al oeste el golfo Pérsico y el Lago Urmia al este, norte y sur. Fue el primer gran Imperio, antes de Persa.

⁸ De origen indoeuropeo, existía un reino que ocupaba del lago Van al Urmia, que floreció desde el siglo IX al VI a. C. (Cfr. *The Kingdom of Van*, en *The Cambridge Ancient History*, III, pp. 169 ss), enemigos del Imperio Asirio.

⁹ Cita de Moscati, p. 40.

pueblos antes nombrados, y constituida por la cuenca del río Jordán y las costas correspondientes hacia el Mar.

Hasta el presente, como hemos visto, nunca llegaron los pueblos de estas tres regiones a organizar un Reino importante y mucho menos un Imperio. Dependían siempre, en mayor o menor medida de sus poderosos vecinos, los Mesopotámicos o Hititas al norte, o los Egipcios al sudoeste. Sus vidas estaban suspendidas siempre de la misericordia de dichos Estados.

En los siglos XV y XIV a. C. se habían organizado los grandes Imperios de la Babilonia Kassita, el Asirio, el Imperio Hitita, el Egipto en su gran esplendor. Los siglos XIII y XII depararon, en cambio, la ruptura del equilibrio y la aparición de nuevos pueblos en todos los horizontes del mundo civilizado. Entre ellos se encuentran los arameos, filisteos, hebreos, los fenicios, en cambio poseían ya una antigua historia de proezas navieras. Todos ellos fueron pueblos de grandes aptitudes comerciales y culturales, pero no de facultades guerreras o políticas: esto nos explica su lugar privilegiado en una historia de la cultura, pero no en una historia política mundial.

Los *Fenicios*¹⁰ —de origen incierto, sea del mar Rojo, del golfo Pérsico, o de la misma Palestina—, “pueblo de las palmeras” (significación del nombre que llevan), estaban ya en el III milenio en relación con Egipto. La ciudad de Biblos, por ejemplo, debía pagarle tributos. Los descubrimientos de Ras-Shamra (Ugarit) y Minet el-Beida (su puerto) nos muestran que además de haber sufrido las invasiones de Egipcios, Kassitas, hurritas e hititas, sucumbió ante el empuje de los “pueblos del mar”. Mas al sur en cambio otras ciudades, como Sidón, Tiro y Biblos supieron aprovecharse del caos del siglo XII a. C. para salir florecientemente beneficiados. Habiendo desaparecido la marina de Micenas, los fenicios se comportaron como dueños del Mediterráneo oriental. La política de estas ciudades se subordinaba al único interés comercial. A veces uno, otras veces otro de los reyezuelos gobernaba sobre las costas fenicias con una cierta supremacía. Sin embargo tuvieron que pagar tributos al Imperio Asirio, y por las sucesivas rebeliones Sennacherib produjo la ruina de Tiro. Esta comunidad naviera no pudo permanecer largo tiempo en el Mediterráneo oriental —expulsada por los griegos—, lo que le llevó a alejarse hacia el Mediterráneo occidental. La fundación de Cartago (*Kart-hadasht* = la ciudad nueva) en el 814-813 a. C. marca una fecha importante en la historia del comercio Mediterráneo y universal.

Desde la antigua necrópolis neolítica de Biblos (3000 a. C.), desde la fundación de Tiro (2750 a. C.), transcurrieron largos siglos hasta que los fenicios objetivaron en un sistema consonántico su escritura (aproximadamente en el siglo XII a. C.), cuyo más antiguo documento se encontraron en la tumba de Ahiram en Biblos.

No ya sobre la costa como los fenicios, sino ocupando las pocas tierras fértiles —junto al río Oronte o en Oasis, el más bello y extenso el de Damasco— que limitan con el gran desierto oriental, habitaban diversos pueblos semitas, de escaso talento político pero de gran cualidad comercial y expertos en “relaciones internacionales” (a tal punto que su lengua fue adoptada por los Persas y se hablará en la diplomacia desde el Indo hasta el Egeo). Se trata de los pueblos Arameos de Siria¹¹ (llamado por ello “sirios”), que fueron conocidos igualmente con el nombre de “los habitantes de *Amurru*” (del Occidente), posiblemente originarios de

¹⁰ Además de la bibliografía general puede consultarse el antiguo Movers, *Die Phoenizier*, Leipzig, 1841-1856, Vol. I-III; G. Contenau, *La civilisation phénicienne*, París, 1926; R. Weil, *La Phénicie et l'Asie occidentale*, París, 1939; etc.

¹¹ Cfr. A. Dupont-Sommer, *Les Araméens*, París, 1949; E. Kraeling, *Aram and Israel*, Columbia Univ. Press. Nueva Cork, 1918, etc.

Harran y de la región del río Balikh, a fuente del Éufrates, y nombrados en los textos de el-Amarna bajo la denominación de *Akhrameos*.

Constituyeron pequeños reinados que luchaban entre sí, y que limitaron al norte con Karkemish. Sufrieron, evidentemente la influencia de los Hititas y los Mesopotámicos. Gracias a esto sus caravanas intercambiaban sus productos con los de los comerciantes fenicios venidos del Mediterráneo, y los transportaban hasta el Irán. Nacieron aquí y allí centros de manufactura. Su lengua se expresó muy tempranamente —desde el siglo X a. C.— en el sistema consonántico inventado por los fenicios, y como su peligro guerrero era por decir así nulo, no hubo inconveniente en otorgarle la primacía lingüística: los semitas de Elefantina hablaban arameo, lo mismo la Palestina de la época de Jesucristo. Fuera de esto los Arameos no tuvieron mayor personalidad, y mucho menos en sus estructuras intencionales, sean religiosas como filosóficas.

Por último, ya que fueron los que llegaron después de los nombrados, ocuparon el valle del Jordán y las montañas de Samaría y Judea un grupo de tribus precedentes en primer lugar de Harran —que según la tradición eran originarios de la Ur de los Caldeos. El “Padre del pueblo” (*Aba-ham* = Abraham) era descendiente de la familia de Terakh que había emigrado de Ur a Harran. Por su parte Abraham, uno de los tantos nómadas que cruzaban el desierto en esperanza de mejor futuro, condujo sus rebaños en tierra de Arameos, para después instalarse entre los Cananeos (grupo de pueblos semitas que ocupaban la Palestina). Todo esto en el siglo XIX a. C. Parte del grupo se dirigió después al Egipto. De allí los *Bene-Israel*, conducidos por *Moshé* —hebreo de origen egipcio— reconquistan progresivamente lo que será su morada definitiva hasta el año 70 d. C. Las invasiones debieron estar de algún modo ligadas al gran movimiento de pueblos; en el 1400 a. C. Los “Hijos de Israel” estaban ya en el Jordán, conducidos en la guerra de conquista por jefes más o menos espontáneos (los “jueces”). Sólo con Saúl, coronado rey por el profeta Shamuel, los Israelitas logran la unidad. David (1010-970 a. C.) extiende las fronteras, y Salomón le da a los hebreos la posibilidad de un cierto esplendor (970-935 a. C.). Pero después las tribus se separan, quedando solos los judíos (y no ya los Israelitas-samaritanos) como testimonios de la originalidad de este pueblo, en torno a la capital Ierushalaim (la antigua Uru-Salim de los Iebuseos). Desde el siglo X a. C. la literatura judía comienza a producir las mayores obras (en sus orígenes sólo a modo de “tradiciones orales”, de las cuales las tres más importantes son denominadas actualmente por la hermenéutica: la tradición Iehvista, Elohista y Sacerdotal). Poco después aparece un movimiento de profetas (*nabiim*) que lucha con clara conciencia contra los sincretismos del pueblo —sincretismo entre la doctrina mosaica y los cultos agrarios de los cananeos. Con un monoteísmo consecuente, cuya coherencia no tiene precedentes, los profetas se transforman en el “alma del pueblo”. Conquistada Jerusalén por Nabucodonosor en el 597, después de valiente defensa, toda la élite judía es deportada a Babilonia. Durante esos cincuenta años (ya que serán liberados por Ciro en el 538 a. C.), contrariamente a lo que pudiera pensarse, el pueblo judío acrecentó la coherencia de su posición y tomó conciencia adulta de las estructuras intencionales de su cosmovisión, de su *ethos*. Sus escribas trabajaron incansablemente para objetivar por escrito una doctrina tradicional (ahora, en gran parte, bajo el ropaje de los símbolos y mitos babilónicos o egipcios). El Dios nacional de Abraham Isaac y Jacob había cobrado ilimitada universalidad. Los judíos tendrán después una muy corta época de paz, para ser nuevamente dominados, ahora por los Persas. La religión judía pasará así de ser una mera expresión de un grupo étnico, a la exposición coherente, en doctrina, culto y prácticas, de un monoteísmo propuesto por una comunidad religiosa liberada de las estructuras de una civilización determinada —en el nivel de los *instrumentos*, he aquí una

ventaja insospechada del universalismo israelita, los judíos eran uno de los pueblos más miserables de la historia universal.

Los judíos, por las continuas guerras que soportaron en sus territorios, por el espíritu nómada, por el comercio, se fueron dispersando por los diversos territorios del mundo civilizado del Mediterráneo oriental. Los encontramos numerosos, en el siglo IV y III a. C., en el Egipto, en la Mesopotamia, en Siria y Fenicia, en las Islas del Mediterráneo y aún en Anatolia. Este fenómeno es denominado *la Diáspora*, y su contenido cultural se llama el *Judaísmo*. En torno a la Ley, tradicionalmente dictada por Moisés, se reunían los creyentes en las Sinagogas del helenismo, frecuentemente bajo la autoridad moral y doctrinal de un fariseo —al menos en el siglo I a. C. Es decir, el Judaísmo era uno de los grupos religiosos dentro del gran Imperio helenista— desde que en el 331 a. C. Alejandro había conquistado la Palestina.

Israel le ha tocado una función esencial en la historia universal. Sea por su antropología implícita, por su visión de la historia, por las estructuras todavía no develadas pero ya conscientes de su metafísica, de su teología, el pueblo de Israel propone una estructura nueva, la estructura adulta y más consecuente con las premisas de todos los pueblos semitas. Es en el nivel propiamente cultural en el que Israel no puede ser dejado de lado.

[3] Veamos, aunque de manera muy resumida, los contenidos últimos del núcleo mítico-ontológico y del *ethos* de los semitas, en especial del pueblo judío¹².

Tomemos como ejemplo tres elementos de la cosmovisión hebraica, que significan la plenitud del pensamiento semita en general. En primer lugar, al nivel antropológico, nos manifiesta una concepción unitaria del hombre, no ya un cuerpo material y un alma espiritual y divina como los indoeuropeos, sino una totalidad corporal y vital (el *basar* y *nefesh*) que puede ser elevada por el creador al plano de la Alianza (el *ruaj* principio de divinización). En el pensamiento semita no hay rastros de la negatividad y malignidad del cuerpo, como en el pensamiento maniqueo.

Pero al mismo tiempo propone una moral (un *ethos* de la responsabilidad y el compromiso ajeno a todo escapismo, aún al escapismo trágico) que radicaliza en la sola voluntad libre del hombre el origen de todo mal. Adam es el responsable del pecado y la muerte en el mundo, y no un dios eterno que se opondría al dios bueno. El mito del adámico del *Génesis* —véase el análisis de Paul Ricoeur en *La Symbolique du mal*— expresa claramente, en un género literario babilónico del siglo V a. C., esa sola verdad ética: los males que pesan sobre el hombre tienen al hombre por única causa.

Todo esto es posible, solamente gracias a un principio que ilumina toda la existencia judía, y por ello mismo todos los elementos de su estructura intencional: el Monoteísmo y su lógica interna, predicada sin cansancio por los profetas pero originado en una experiencia sin precedentes —que tanto hizo reflexionar a Kierkegaard: el caso de Abraham. Habiendo partido de Ur, ciudad de la Luna, rodeado de dioses y diosas de la fecundidad agraria, en medio de pueblos arameos, “Abraham no es beduino, sino un verdadero pastor, que sólo se encuentra muy lejos, en el Asia o en África. Para el etnólogo es el único pastor que haya tomado contacto con el shamanismo y el animismo, y que, sin embargo, su religión no haya,

¹² Véase nuestra obra anunciada en la nota (1) de este tema, donde damos una bibliografía mínima pero suficiente. Los pueblos semitas pueden ser clasificados así: a) *Semitas orientales*: los acadios (o asirio-babilónicos); b) *Semitas occidentales*: los cananeos (moabitas y siríacos), los árabes, himaritas y etíopes.

de ningún modo, realizado un sincretismo con el medio”¹³. Fenómeno igualmente único es el hecho que el Dios de Israel manifiesta al mismo tiempo la trascendencia y personalidad de los dioses któnicos, Dios de la Alianza y de la Creación:

“Yehvah nuestro Dios, él el único (*’ejad*) (*Deut.* 6,4).
Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” (*Jerem.*7, 23).

Diferenciándose de los dioses indoeuropeos, Yehvah e igualmente Allah de los árabes, irá siendo paulatinamente considerado como el “Padre de los Cielos”, aún más allá de los Cielos, el “Absolutamente Otro”, el Dios creado: pero no se mezcla con sus criaturas sino que se diferencia de ellas radicalmente. La conciencia semita comienza así un proceso de demitologización del cosmos que se encuentra como siendo el fundamento de una civilización técnica y adultamente humanista que se generará mucho tiempo después.

En el plano de la conciencia histórica el pueblo de Israel constituye una nueva posición existencial. El hombre es creado con la historia y con el tiempo. Antes de su existencia no hay otra creación de arquetipos o dioses que pueden regular la vida cotidiana. El judío instauró una manera nueva de situarse ante la Historia, por cuanto asumió los hechos concretos históricos, en su radical singularidad, como portadores de una significación universal y metafísica. El hecho histórico de un Abraham, no elevado sin embargo al nivel mítico, es el fundamento de todo el mundo intencional hebraico. Es por ello que la conciencia histórica de Israel, la demitificación de toda seguridad arquetipal apoyada en la divinización de la naturaleza o de los fenómenos astrales, permitirá al hombre hebreo descubrir todo un humanismo: *primeramente*, la contingencia radical del hombre, y por lo tanto su debilidad, su permanente mirar hacia un futuro escatológico; *en segundo lugar*, proclamaba simultáneamente, el dominio del hombre sobre todo el cosmos, sobre el cual tenía pleno derecho por cuanto era mera creatura organizada como instrumento del hombre; *en tercer lugar*, habiendo descubierto la creaturidad del mundo a partir de una Interioridad trascendente, viviente, creadora, Yehvah, el hombre se descubre igualmente como digno, y la relación intersubjetiva sobre los hombres manifiesta la culminación del proceso creador.

Para Israel, entonces, existe un hombre totalmente como carne, y totalmente viviente. De la sola carne-viviente el mal se ha originado en el mundo y ha invadido todo lo que el hombre pueda tocar, transformar. El Creador “crea” un nuevo comienzo histórico: la Alianza con Abraham. El pueblo de la Alianza, Israel, es sin embargo la base de un dualismo social: existe por una parte el pueblo de Yehvah, y por otra el pueblo de los *goim*, los gentiles. De este dualismo sólo el Cristianismo dará una nueva solución superadora.

Yehvah se presenta a Israel como el bien común presente, es decir, como el fundamento actual de la existencia y como la causa de todo bien posible. Pero además, Yehvah es el bien común escatológico, por cuanto ha prometido la salvación de su pueblo. Es de bien común trascendente histórico y trans-histórico se transforma en la base de una moral anti-dualista. El hombre permanece en la solidaridad de la comunidad para servir al pueblo en la historia, y alcanzar así su salvación en la salvación de su comunidad de la Alianza. No se vislumbra la perfección del “aislado” en la pura contemplación, sino el servicio del profeta en el amor. El bien particular no se alcanza huyendo del tiempo para perderse en la

¹³ J. Geotz, *L' evolution de la religion*, cit. *supra*, p. 366.

despersonalización del Nirvana, sino bien por el contrario en la inmolación del “siervo de Yehvah” que se ofrece por la historia de su pueblo (*Isaías* 52-53)¹⁴.

Si el mundo está “lleno de dioses” —como decía Tales de Mileto— el hombre no podía transformar ese mundo: la posición del hombre en el mundo es trágica. Si el mundo es creatura de Dios, como enuncia el humanismo semita, el hombre podrá transformar ese mundo: la posición del hombre es ahora terriblemente dramática. ¡No es ya el Prometeo encadenado, sino más bien el Adam tentado!

§ 32. EL JUDEO-CRISTIANISMO

La palabra Judeo-cristianismo tiene diversos significados. En sentido estricto designa una secta, un grupo, una tradición dentro del cristianismo primitivo; a veces, en cambio, puede igualmente nombrar a otro grupo de tendencia o inspiración mazdeica o gnóstica, dentro del mismo cristianismo primitivo. Aquí solo queremos indicar esa estructura intencional, ese “mundo” o cosmovisión que, naciendo en el mundo semita, floreció principalmente en Israel, y alcanzó su difusión y plena evolución en el cristianismo. Judeo-cristianismo indica, entonces, aquella *Weltanschauung* (aunque no sólo fue una *Weltanschauung* aquí solo tomamos dicho nivel) que originaria de la Mesopotamia, con Abraham, supo nutrirse de la cultura egipcia, desde José, y habitó en Palestina. Con el tiempo emergerá como cristianismo, universal, latino u oriental bizantino. Contra lo que se ha opinado ordinariamente y en esto se muestran de acuerdo las mayores personalidades del pensamiento filosófico, cultural o teológico aún en nuestro tiempo, el cristianismo no fue una síntesis del mundo judío y greco-romano, sino la continuidad del pensamiento semito-hebreo en franca oposición con la cosmovisión indoeuropea del greco-romano. Veamos entonces, como debe procederse para llegar a justificar nuestra hipótesis de trabajo¹⁵.

[1] En primer lugar consideremos la situación histórica de la diáspora judía, que se llama el “judaísmo”, para pasar después al nivel propiamente cultural y demostrar la continuidad del pensamiento cristiano y del judío, y el comienzo de un largo diálogo entre el núcleo mítico-ontológico indoeuropeo (griego-romano) y semita (cristiano).

En los dos siglos anteriores a nuestra era, el pueblo de Israel no dejó vivir experiencias esenciales de su desarrollo. Influenciado por el Helenismo, el Judaísmo miró mucho más hacia Alejandría que hacia Jerusalén. Fue allí donde se llevó a cabo la obra de la traducción de la Biblia hebraica en lengua helénica. Al mismo tiempo se escribieron nuevas obras que integrarán el libro Santo de los Cristianos (llamados los *ktobin*, en especial los denominados deutero canónicos; la influencia helenística se deja ver, sobre todo, en el libro de la *Sabiduría* y en el *Eclesiástico* de Ben Sirah). Sin embargo, la guerra civil contra el Imperio Seléucida que llevaron a cabo los Macabeos, manifestó una reacción del pueblo en Palestina. Desde el 166 a. C. Israel renace. Todo el movimiento espiritual podría definirse en sus dos líneas esenciales: un creciente mesianismo (originado en la deportación de Babilonia y que culmina

¹⁴ Todos estos juicios son la conclusión del trabajo enunciado en la nota (1).

¹⁵ En nuestra obra en elaboración *La evolución del humanismo de Europa occidental* podrá consultarse una bibliografía adecuada, al mismo tiempo que sugiere esta discusión en sus pormenores. Hemos escrito la obra *El dualismo en la antropología de la cristiandad*, Guadalupe, Buenos Aires, 1974 (posterior al dictado de estas clases universitarias)

con la comunidad de los Esenios en Qumran), pero al mismo tiempo un ambiguo nacionalismo, sobre todo el fariseo y zelotes. Las sectas más diversas se organizaban y reclutaban adherentes, lo que manifestaba una gran vitalidad. Con Herodes, la Palestina gozó por algún tiempo de una unidad perdida desde el tiempo de Salomón. Su muerte en el 4 a. C. permite el recrudescimiento del dominio romano.

En ese ambiente riquísimo en experiencias y conocimientos, en ese lugar puente entre el Mediterráneo y el Extremo Oriente, al comienzo como maestro de un pequeño grupo de discípulos, nació en la pequeña Nazaret, entre gentiles, sobre una de las más hermosas colinas que se eleva sobre el Esdrelón, Jeshúa, hijo de Miriam, judío de nacimiento y educación. Su cultura la recibió en su Sinagoga local, donde aprendió a leer en hebreo la Ley, los Profetas y los Escritos de Israel (la Biblia). Lejos de ser un ignorante, al igual que sus discípulos, aprendió profundamente la sabiduría de su pueblo, comprendió las estructuras del núcleo mítico-ontológico de su tradición cultural, descubrió los excesos del nacionalismo aislacionista, del legalismo estéril, de la justicia superficial sin contenido, tentación permanente del judaísmo. No asistió a las grandes “Escuelas” —como por ejemplo a la de Jerusalén, donde Pablo de Tarso se gloriará de haber tenido por maestro (= Rabí) a Gamaliel— pero no por ello era un analfabeto.

Su visión de la historia, del sentido de la existencia no es el fruto de un milagro que obre extrínsecamente, sino de la plenitud de una conciencia nacional.

Lo cierto es que Jesús, profeta de Galilea lo llaman los Evangelios sinópticos, teniendo conciencia del “sentido” de su Palabra fue bautizado por Juan en el Jordán, y seguido por sus mejores discípulos. Pedro, Juan, Andrés... fueron antes alumnos de Juan el Bautista, que por su parte no pudo ser miembro —o al menos allegado de la comunidad esencia de Qumran, a pocos metros del lugar donde Jesús recibía la “inmersión” (= bautismo) y comenzaba su predicación.

Las estructuras implícitas del cristianismo, al nivel antropológico, metafísico, ético o histórico no se diferencian radicalmente del judaísmo, sino que testimonian un crecimiento orgánico. La doctrina de la creación es mantenida y aún radicalizada; el origen del mal es atribuido en una mayor interioridad aún a la voluntad libre del hombre: la unidad del compuesto humano queda más claramente expresada en la misma Persona de Jesús (y que los grandes Concilios se ocuparán de enunciar teológicamente): la historia recobra todo su sentido escatológico, un tanto olvidado en Israel desde la desaparición de los profetas (el Apocalipsis de Juan en una manifestación insigne de la visión histórica y teológica de un cristiano en tiempos de persecución); la intersubjetividad de la Alianza es reforzada por una “Nueva Alianza” (no otra cosa significa “Nuevo Testamento”) que se cumple en la “Ekklesia” (Asamblea de los convocados). El cristianismo, lejos de ser una síntesis, al nivel de la existencia de Jesús y de la primera Comunidad apostólica (testimonio dejado en los libros del Nuevo Testamento), es una continuación por maduración de la experiencia, del *ethos* del núcleo mítico del hombre semito-hebreo.

En dos niveles, sin embargo, el cristianismo se muestra original y renovador. Al nivel de *ethos* por dos razones: en primer lugar, recordando el precepto del *Deuteronomio*, predica sin equívoco la primacía del amor y de la acción, fruto de la buena voluntad como superior a la mera contemplación; en segundo lugar destruye los estrechos horizontes de un nacionalismo judío, para permitir el ejercicio de la existencia cristiana en toda civilización posible. Esta universalización no se realiza sólo por los apóstoles, en especial Pablo, sino ya al nivel de la predicación misma de Jesús, indicando la función positiva de los “gentiles” en el plan providencial de la historia. Al nivel del núcleo mítico-ontológico, toda su estructura

es elevada a otro plano por un personalismo propiamente cristiano. La interpersonalidad es introducida en la misma existencia de Dios: Dios mismo es una realidad dialogante; el cosmos es el fruto de ese Amor activo; el hombre es llamado a aportar su concurso en la historia, por el amor efectivo al prójimo, en la esperanza escatológica de una participación, como persona autónoma e idéntica a sí misma, en la interpersonalidad de la Trinidad. Toda la crisis ariana y cristológica —hasta el Concilio ecuménico VIII— se encargará de estudiar detenidamente estos aspectos *sui generis* del cristianismo con relación al judaísmo.

La vida del Nazareno debe situarse entre el 7 a. C. hasta el 30 o 33 d. C.— De inmediato se organiza una comunidad en Jerusalén que descubre paulatinamente su jerarquización (un intendente, obispo, en la persona de Santiago; los servidores, diáconos, con los siete helenistas; los ancianos del pueblo, presbíteros, etc.). Aún más importante es la experiencia de las comunidades de Antioquía (la primera que recibe prosélitos gentiles no judíos) y la de Corinto fundada por Pablo con creyentes que no habían participado al culto de la Sinagoga. La persecución de Herodes Antipas primero, pero principalmente la destrucción de Jerusalén por Tito en el 70 a. C., lanza al Cristianismo a la conquista del Mediterráneo y sus costas. Mientras tanto la comunidad madre de Jerusalén se refugió en un estrecho nacionalismo, huyó a Pella, para por último adoptar una posición heterodoxo (la secta *ebionita*).

La experiencia capital, entonces, se realizó en esos cortos decenios. En ese tiempo se escribieron los Evangelios, las cartas de San Pablo, la Didajé. Al fin del siglo I d. C., cuando escribe un Clemente romano, Antioquía, un Policarpo de Esmirna, el Cristianismo se había implantado firmemente en Anatolia y estaba presente en toda la costa Mediterránea. En el 66 d. C., morían Pedro y Pablo en Roma, probablemente teniendo relación con la persecución de Nerón; por su parte Domiciano (93-95 d. C.), con su nueva persecución, dará motivo a Juan a escribir su Apocalipsis desde la isla de Patmos.

[2] Veamos la continuidad del pensamiento judío y cristiano al nivel de las estructuras antropológicas. La antropología del Nuevo Testamento es ciertamente uno de los últimos capítulos inventivos del pensamiento hebreo, ya que el Talmud y la Mishná serán los documentos producidos por el judaísmo con genialidad propia, después no alcanzará la grandeza de esas obras. La tradición de la “fe de la secta cristiana” (*Actas* 28, 22)¹⁶ surge en el corazón mismo de Palestina y aún de Antioquía, pero no del judaísmo alejandrino. Juan y Pablo, por ejemplo, proponen una antropología judía ortodoxa, unas estructuras teóricas bien claras:

“”Lo que ha nacido de la carne (*sárx*) es carne y lo que ha nacido del espíritu (*pneúma*) es espíritu. No te asombres que haya dicho: es necesario nacer *de arriba*. El viento (*pneúma*) sopla donde quiere... igualmente en aquel que nace del espíritu (*pneúma*)” (*Juan* 3, 6-8)¹⁷.

Juan posee una antropología firme y explícita: el Verbo se hace “carne” y no “cuerpo” (1, 14); existe una “voluntad de la carne” (= del ser humano) (1, 13): un “deseo de la carne” (*I*

¹⁶ H. Cazelles, *Le jugement des morts en Israël*, Sources, Orint., p. 133

¹⁷ *Novum Testamentum Graece*, Nestle, Stuttgart, 1963, p. 236. Cfr. *Handkonkordanz z. Gr. N. T.* (Schmoller), Stuttgart, 1960, para las palabras *soma*, *sárx*, *pneúma*, *payjé*, etc. Igualmente puede verse el *LThK*, I, 1028-1048, el art. *Auferstehung* (por Rahner... Schmidt).

Juan 2, 16), que hoy llamaríamos la libido del hombre. De igual modo “el Padre resucita a los muertos” (*Juan* 5, 21) y no a los cuerpos. Es decir, la dicotomía entre cuerpo y alma, tan griega, no existe para nada aquí.

Pablo, fariseo de Tarso (ciudad helenista), tiene aún mayor conciencia de las estructuras del judaísmo: existe una inteligencia de la carne (*Col.* 2, 18), una sabiduría de la carne (*Rom* 8, 6) que se opone a *la fronéma tou pneúmatos* (sabiduría del espíritu). No son dos compuestos humanos, sino dos órdenes diversos de la totalidad humana:

“Así la resurrección de los muertos (*ton nekron*)... se siembra en un cuerpo psíquico (*psyjikón*) y renace un cuerpo espiritual (*pneumatikón*). Si existe un cuerpo psíquico existe también un cuerpo espiritual. Está escrito: el primer hombre, Adám, fue un alma viviente, el último Adám es un espíritu vivificante... El primer hombre fue construido de tierra, y es terrestre; el segundo viene del cielo” (*I Cor.* 15, 42-50).

Pablo ha admirablemente expuesto la antropología hebrea en términos griegos, manteniéndose sustancialmente judío: existen dos órdenes, y el hombre puede pasar de uno al otro en *su totalidad*, en esto estriba la diferencia con el griego —y el indoeuropeo en general—. El “cuerpo físico” no es el mero “cuerpo” griego, sino la totalidad humana. El “cuerpo espiritual” no es el “alma” griega, sino la misma totalidad asumida en la Nueva Alianza. El dualismo cuerpo-alma es superado, aunque se establece un dualismo en el plano social —entre la comunidad religiosa y la política— que permitirá con el tiempo la secularización de los Estados Modernos. En fin, Santiago expone la misma doctrina cuando dice:

“Si tenéis en el corazón un celo amargo y un temperamento de discordia, no os glorifiquéis ni os opongáis a la verdad¹⁸; esto no procede de la sabiduría (*sofía*) que viene de arriba, sino que es terrestre (*epígeios*), psíquica (*payjiké*), demoníaca” (*Sant.* 3, 14).

Para todos ellos, entonces, el hombre tiene una estructura indivisible, pero posible de situarse en dos órdenes diversos. En lo visible, terrestre existe la carne (*basar*) y lo vital (psíquico-*nefesh*), el hombre primero, con su sabiduría terrestre, o carnal, o psíquica. Mientras que en el orden de la participación a la vida divina¹⁹, existe el espíritu participado libremente por el Señor que constituye al hombre carnal, psíquico, en otro orden, en orden la Alianza, del Reino de Dios: hombre espiritual, hombre nuevo (*Efesios* 2, 15), segundo Adam, con sabiduría espiritual, con cuerpo espiritual. La conciencia semítica ha llegado a su estado adulto y sólo podrá ser superada por las reflexiones acerca de la persona —que el judeocristianismo posterior seguirá elaborando).

¹⁸ La relación entre corazón-verdad es de tipo hebreo y no griego. Para el hebreo el corazón detecta y tiende a la verdad, es la sede de la sabiduría o al menos su fundamento.

¹⁹ Cfr. *I Cor.* 9, 10-12 (*metéjein*), 10, 17; 21; 30; etc. Sin embargo no es en la palabra misma “participación” donde la doctrina se expresa, sino en toda la estructura del Nuevo Testamento: el hombre terrestre participa, por el Espíritu, a la vida divina (*Rom.* 8, 14-17). Las dificultades exegéticas de Lutero en la interpretación de la epístola a los Romanos de Pablo, no son de orden teológico solamente, sino principalmente de orden antropológico (el nominalismo le preparaba mal para comprender la ingenuidad, pero la firmeza, de la antropología semito-hebraica de un fariseo ortodoxo y cristiano).

La tradición alejandrina no influenciará directamente al Nuevo Testamento, pero tendrá una enorme importancia por haber sido la comunidad que tradujo la Biblia en griego (la *Septuaginta*), y además, será la base de la cristiandad egipcia que, como veremos en otro trabajo, tuvo mucha dificultad para permanecer dentro de las estructuras metafísicas que propone el judeocristianismo.

[3] Por el ejemplo tomado —el nivel antropológico del núcleo ético-mítico del judeocristianismo— hemos podido ver la originalidad de la estructura con respecto a los pensamientos indoeuropeos. Y sin embargo muchos han pensado que el cristianismo no tenía ninguna originalidad ya que confundieron una “filosofía expresa” con una *Weltanschauung* y por ello negaron una cultura propiamente cristiana. La dificultad estriba, nuevamente, en que las estructuras de pensamientos se encuentran encubiertas en un ropaje de expresiones, no ya griegas, sino de una teología judía tardía. Para el que piensa que sólo la lógica griega es la expresión científica universal, el pensamiento judeocristiano sólo podía manifestarse como mítico, irracional o meramente moralista. Por esto, uno de los momentos más fecundos pasó desapercibidos a los historiadores de la cultura.

El cristianismo, manteniendo su foco intencional central, sus estructuras mítico-ontológicas, pasó por diversos momentos en su originaria evolución constitutiva. En primer lugar nace de la predicación del Rabí de Galilea, Jesús de Nazareth. Su doctrina y la de sus inmediatos seguidores se expresó en arameo. Poco después y por las exigencias de los lectores del Imperio, fueron naciendo los Evangelios (parece que el más antiguo es el de San Marcos, aunque el de Mateo se escribió en arameo o hebreo), escritos en griego común (*koiné*). Tanto Jesús como todo el Nuevo Testamento, entonces, se expresó en arameo o griego, pero en estructuras propias a la teología judía, que evidentemente es muy diversa de la griega. Pero después del Nuevo Testamento floreció toda una literatura, siempre en el siglo I, que es ya una primera teología propiamente cristiana, elaborada lógicamente, y que ha madurado la doctrina del Nuevo Testamento. Todos estos escritos confrontan continuamente las estructuras del pensamiento judío, tanto bíblico como del judaísmo tardío, con la nueva posición aportada por el Nazareno. Los escritos tienen la característica de comentarios, interpretaciones —verdaderos *targumim* o *midrashim*—, donde se utilizan palabras y frases enteras antiguas pero dándoles un nuevo contenido²⁰.

Guillermo Fraile en su *Historia de la Filosofía* dice que “en los primeros años del Cristianismo se difundió principalmente entre elementos procedentes del judaísmo y entre gentes humildes (concedo), de escasa cultura (¿de cultura griega podían terla “escasa”, pero eran sabios o “cultos” desde un punto de vista judeocristiano?), para quienes no constituía dificultad abrazar la nueva fe con sencillez de corazón, sin necesidad de someterla a análisis racionales (de tipo griego, concedo; de teología judía, niego), y menos aún de contrastarla con doctrinas de filósofos extraños que ni siquiera conocían”²¹.

²⁰ Cfr. G. Hoennicke, *Das Judenchristentum im ersten und zweiten Jahrhundert*, Berlín, 1908; G. Kittel, *Die Probleme des palästinischen Spaetjudentums und des Urchristentums*, Stuttgart, 1926; J. Daniélou, *Théologie du Judeo-Christianisme*, París, 1958; G. Dix, *Jew and Greek*, Londres, 1953; H. J. Schoeps, *Theologie und Geschichte des Judenchristentums*, Tübingen, 1949; L. Cerfaux, *La première communauté chrétienne a Jérusalem*, en *Recueil Cerfaux*, 1954, II, pp. 12-157; etc.

²¹ BAC, Madrid, 1960, II, p.67. Los Padres Apostólicos se habrían limitado “a exponer con sencillez el Evangelio” (*Ibid.*) ¿De dónde entonces venía toda la cosmología que expondremos a continuación? Esto nos muestra que no se ha llegado todavía, en el mundo hispanoamericano, a discernir claramente entre las estructuras metafísicas implícitas en el Nuevo Testamento y la “filosofía explícita” de los griegos.

Se desliza frecuentemente en este tipo de textos un error fundamental, ya que se confunde racionalidad o doctrinas filosóficas o estructuras metafísicas, exclusivamente, con el uso particular de la razón que ejerció el pueblo griego. Las estructuras metafísicas y antropológicas, por ejemplo de los llamados Padres Apostólicos y del movimiento judeocristiano del primer siglo poseen ciertamente un análisis reflexivo de alta complejidad, de coherente racionalidad, y de no menor “cultura”, si con esta palabra queremos significar la posesión adecuada de las propias estructuras intencionales de un pueblo y su ethos particular. No conocían las “doctrinas de filósofos” griegos, pero, con certeza, podemos decirlo, manejaban perfectamente la estructura del pensamiento del judaísmo tardío —que incluía una cierta dosis de helenismo, de influencia persa, etc.

Tomemos un ejemplo, entre tantos posibles. La mayoría de los escritos posteriores al Nuevo Testamento del siglo I, poseen una cosmología análoga. La cosmología del judeocristianismo primitivo es, ella sola, de una importancia fundamental, para explicar la totalidad de dichos sistemas o visiones del mundo²². Nuestros autores, sin embargo, al contrario que los griegos, no se ocupan de la cosmología sino secundariamente²³, como en la escena de un Apocalipsis de tipo judío:

“Un espíritu me arrebató y me llevó en una región inaccesible. El cielo se abrió”²⁴.

Lo más importante es que, en una visión de creación, los antiguos dioses o almas de las esferas son substituidos por “ángeles” (enviados) de Dios, naciendo así una “angelología” que suplanta paulatinamente el politeísmo del paganismo. Esta angelología tomó proporciones impresionantes particularmente en el Asia Menor, Anatolia. Es decir los “ángeles” son seres espirituales creados por el Trascendente y que moran entre las esferas celestes, moviéndolas. Por ello la “jerarquía” de los ángeles son siete, como los “cielos” o esferas. El cielo de tres esferas representa una cosmología más arcaica y más próxima a los medios babilónicos y al primitivo cristianismo apostólico-judío. Los siete cielos son ya un paso hacia la constitución, o al menos fundamentación, del movimiento y la teología gnóstica.

Podríamos igualmente analizar²⁵ otros aspectos de la estructura del núcleo mítico-ontológico y del ethos —como lo haremos en otro trabajo en preparación—, pero con el aspecto enunciado se puede ya comprender nuestra hipótesis. El cristianismo primitivo, del siglo I, poseía una estructura perfectamente analizable que lejos de ser propuesta por y para

²² El llamado “Símbolo de los apóstoles” fue tomando forma en esta época y bajo la influencia del movimiento o tradición que estudiamos aquí. Sobre todo cuando nos dice: “Descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, y ascendió a los cielos...” (véase las cuestiones referentes al Símbolo en J. R. Lumby, *The history of the Creeds*, London, 1880; Batifol, art. *Symbole des Apotres*, en *DTC*, I; Kattenbusch, *Das apostolische Symbol*, Leipzig, 1894; A. Harnack, *Das apostolische Glaubensbekenntnis*, Berlín, 1894; etc.

²³ Cfr. H. Bietenhard, art. *Hónoma*, en *ThWNT* (Kittel) V, pp. 242-269.

²⁴ *Visión I*, 1, 3-4 del Pastor de Hermas. No olvidemos que para Pablo de Tarso había tres cielos (*II Cor. 12, 2-3*: “...*trítou curanou*”), aunque en el judeocristianismo era más frecuente habla de siete cielos.

²⁵ Los textos de base son: *La Didajé* (ed. Audet, París, 1957); Los Padres Apostólicos (ed. BAC, Madrid); Evangelio de los Ebionitas (ed. Presuchen, Giessen, 1965); Evangelio de los Hebreos (*ibid*); Apocalipsis de Pedro (ed. Gébaut, en *Rv. De l' Orient chretien* XV (1910) 198-214, 308-323, 424-439; Odas de Salomón (ed. Tendel Harris, Cambridge, 1909); Testamento de los Doce patriarcas (ed. Charles, Oxford, 1908); El segundo Henoah (ed. Vaillant, París, 1932); etc.

“gente sencilla” manifiesta un grado de racionalización perfectamente comparable con el griego, pero que parte de distintos principios y cuyo método teológico es igual y absolutamente diverso.

Hemos, entonces, visto los tres momentos constitutivos del cristianismo: en el nivel de su fundador (7 a.C./33 d. C.), en el de la comunidad apostólica (33-70 d. C.; téngase sin embargo en cuenta que algunos escritos del Nuevo Testamento son posteriores a esta fecha, en especial los escritos de Juan Evangelista), el del judeo-cristianismo propiamente llamado así (desde la *Didajé* hasta el siglo II). En este tiempo el cristianismo se expresó primeramente en arameo, después en griego, primeramente según las estructuras teológicas y racionales de la sinagoga y los grupos palestinos, después según las fórmulas del judaísmo de la diáspora, y por último, manteniéndose siempre idéntico a sí mismo, en el método de un judaísmo abierto al helenismo.

§ 33. AGONIA DE UNA CULTURA Y CONTINUIDAD DE LA CIVILIZACIÓN

Debemos tratar el proceso que ocupará el siglo II al VIII de nuestra Era, y que significará la agonía y muerte de la cosmovisión y el *ethos* greco-romano y el lento tomar conciencia de sí mismo del cristianismo, hasta constituirse, su *Weltanschauung*, en el fundamento de la civilización europea de la Cristiandad medieval. En esta época, además de suplantarse al núcleo mítico de los indoeuropeos en su vertiente greco-romana, la nueva cultura se impone igualmente sobre los últimos grupos racialmente juveniles que son los Germanos. Por última vez, entonces, los indoeuropeos irrumpen en las zonas más civilizadas del sur, pero esta vez —no así en el caso de los Arios, Iránicos, Griegos e Itálicos— no lograrán hacer prevalecer su cosmovisión, sino que serán asumidos por las estructuras de la cultura cristiana, de tipo semita. De este modo los sistemas intencionales procedentes del desierto sirio-arábigo mostrarán su mayor coherencia, y aún superioridad, sobre los que emergieron de las estepas euroasiáticas. La civilización greco-romana y las razas germanas son los materiales —instrumentales o etnológicos— con los que la *Weltanschauung* semito-cristiana, constituirá una nueva cultura y civilización: la Cristiandad europea²⁶.

[1] Una dificultad metódica ha hecho pasar desapercibido este hecho capital en la Historia de la cultura universal. Al no distinguirse claramente entre civilización como totalidad instrumental —que incluye los Imperios políticos y económicos— y la cultura como *ethos* y núcleo intencional de valores, no puede descubrirse la “lucha de muerte” que dos cosmovisiones emprendieron dentro del contexto de la civilización greco-romana.

Nuestra hipótesis es que la civilización del Imperio fue purificada de toda la mitología indoeuropea, que su cultura propiamente dicha, sus últimos valores agonizaron durante cinco siglos hasta por último desaparecer en el tiempo de la clausura de la Escuela filosófica de Atenas. Aunque el Imperio bizantino hable griego, aunque se llame helénico, se habrá producido una ruptura intencional irreparable. La *Weltanschauung* cristiana después de demitificar los últimos supuestos greco-romano ocupa su lugar en todo el Mediterráneo, en Europa, en Rusia... y tiempo después llegarán aún a América.

²⁶ Para una bibliografía específica sobre este párrafo puede verse nuestro trabajo en elaboración sobre la antropología europea y su evolución desde sus orígenes. Los trabajos de Gilson, Tresmontant, Brehier, Grabmann, Seeberg, von Harnack, y muchos otros están a la base de las reflexiones que proponemos.

El enfrentamiento al nivel del núcleo ético-mítico, de las estructuras fundamentales de valores y *Weltanschauung*, entre el mundo greco-romano y el cristianismo, se realizó por primera vez de manera explícita y frontal por el movimiento de los llamados *Apologistas*. Dichas “apologías” o defensas de cristianismo iban dirigidas al Emperador o a la conciencia colectiva, y demostraban la racionalidad del cristianismo, su coherencia, destruyendo las impugnaciones que se le hacía. Manifiestan la crítica sistemática que la nueva “filosofía” efectuaba contra la sabiduría indoeuropea —en su vertiente grecorromana.

Este movimiento o escuela de los apologistas produjo sus obras principales entre el 120 al 180 de nuestra Era. Debemos leer con mirada atenta las pocas páginas que nos han legado, por cuanto son los únicos documentos de ese “choque” al nivel del núcleo ético-mítico greco-romano y cristiano. Único en verdad, por que una vez que se haya producido, nunca más —quizá hasta nuestra época—, las posiciones adversas estarán tan claramente definidas, vividas, ejercidas en conductas humanas radicalmente diversas.

Permítasenos meditar en primer lugar el *Discurso contra los Griegos* —escrito por Taciano entre 170 a 172²⁷—, por cuanto nos da buenos argumentos en vista a la metodología que usamos en nuestros trabajos.

En primer lugar, Taciano muestra a los Griegos que su civilización —el sistema de instrumentos— no es tan original como ellos piensan, y que, por otra parte, casi todo lo han recibido de otros grupos humanos (interesante reflexión sobre la transmisibilidad de los “instrumentos de la civilización”).

“No os mostreis tan de todo en todo enemigos de los bárbaros, oh griegos, ni juzguéis desfavorablemente sus doctrinas. Por que ¿qué institución entre vosotros no tuvo su origen de los bárbaros?... de los babilónicos la astronomía, de los persas la magia, la geometría de los egipcios, el conocimiento de las letras de los fenicios. Cesad pues de llamar invenciones (*euréseis*) lo que son puras imitaciones (*miméseis*)” (*Oratio Adversus Graecos*, 1)²⁸.

Continúa después una crítica irónica contra la civilización, el ethos y las teorías de los griegos. En su ironía, sin embargo, puede verse una escala de valores que le permite despreciar los llamados “mitos” griegos.

Taciano distingue claramente entre el nivel de la *civilización* —que el acepta y asume (actitud que no adoptaría fácilmente un judío)— y el del *núcleo ético-mítico* —que rechaza con violencia y claridad.

“¿Por qué ponéis empeño, oh griegos, en que como en una lucha de pugilato, choquen contra nosotros las leyes del Estado?... El emperador manda que se lo paguen tributos y yo estoy dispuesto a apagarlos; mi amo me ordena que le esté sujeto y le sirva, y yo reconozco mi servidumbre... -estamos en el nivel de la *civilización*-. Sólo si se me manda negar a Dios, no estoy dispuesto a obedecer sino que moriré antes...-estamos en el nivel de la estructura metafísica, y aquí la conciencia cristiana juega su papel propio-. Nuestro Dios no tiene principio en el tiempo, siendo El sólo sin principio... Por su creación le conocemos...”

²⁷ Véase la edición castellana-griega de D. Ruiz Bueno, *Padres Apologistas Griegos*, BAC, Madrid, 1954, pp. 572 ss.

²⁸ *Ibid.*, p. 572.

Y no sólo defiende la estructura metafísica propia a su humanismo, sino que con los principios que dicha estructura le otorga juzga la estructura metafísica del mundo griego:

“El sol y la luna fueron hechos por causa nuestra; luego ¿cómo voy a adorar a los que están a mi servicio? ¿Cómo voy a declarar por dioses a la leña y a las piedras?” (*Oratio Ad. Graecos*, 4)²⁹.

Y va atacando uno por uno los mitos centrales del mundo indoeuropeo. Tomemos dos ejemplos:

“No es, oh griegos, nuestra alma inmortal por sí misma, sino inmortal... Muere, en efecto, y se disuelve por el cuerpo... pero resucita nuevamente con el cuerpo en la consumación del tiempo (*Ibid.*, 13)³⁰, pero no a la manera como dogmatizan los estoicos, según los cuales las mismas cosas nacen y perecen después de determinados períodos cíclicos (*kata tinas kyklon*), sin utilidad ninguna, sino de una sola vez (*hápax*), totalmente acabados los tiempos que vivimos, se dará la reintegración de todos los hombres por razón del juicio” (*Ibid.*, 6)³¹.

Es, como puede verse, un ataque esencial a toda la antropología helénica, a su visión de la esencia del hombre, de la temporalidad, de la Historia.

Contra el fundamento mismo de la metafísica helénica nos dice nuestro apologista:

“Dios es espíritu, pero no el que penetra por la materia, sino el creador de los espíritus materiales y de la forma de la materia misma... Sabemos que El es el principio (*arjé*) del mundo, que se hizo no por división sino por participación... La materia no es sin principio como Dios, ni por ser principio igual en poder a Dios, sino que ha sido creada, y no por otro ha sido creada, sino por el que es Creador de todas las cosas” (*Ibid.*, 4-5)³².

Estas dos críticas podrían parecer inofensivas a los ojos de un lector contemporáneo, pero nuestro objeto es justamente mostrar la profunda revolución, que produjeron estas reflexiones, nuestro mundo, tanto con respecto a la civilización, como con respecto a las ciencias, a la filosofía, etc.

Taciano manifiesta poseer una clara conciencia del hecho de pertenecer a una tradición, a un grupo, a una corriente de pensamiento, muy diversa a la del mundo oficial greco-romano. Para afirmarse ante ese mundo mayoritario y hostil —no se olvide que estamos en tiempos de persecuciones, donde la vida se juega junto con los valores que se profesan, y por ello se los profesa con más vida—, prueba, como cristiano, donde se encuentra la fuente ya muy antigua de su Humanismo:

²⁹ *Ibid.*, p. 577.

³⁰ *Ibid.*, p. 590.

³¹ *Ibid.*, p. 579.

³² *Ibid.*, pp. 577-579.

“¿Qué hacen de grande y maravilloso vuestros filósofos? Llevan desnudo uno de los hombros, cultivan una larga cabellera, crían su buena barba...” —cada palabra muestra la irónica oposición de Taciano por ese mundo al que se opone— (*Ibid.*, 25)³³.

Crítica a los filósofos, a los gramáticos, a las leyes, y afirma ante ellos su propia tradición:

“Más ahora considero oportuna demostraros filosofía (*filosofian*) es más antigua que las instituciones griegas. Los límites serán Moisés y Homero; y pues uno y otro son antiquísimos, uno el más viejo de los poetas e historiadores; otro, autor de toda la sabiduría bárbara. Tomémoslos ahora para establecer la comparación y hallaremos que nuestra tradición no es sólo más antigua que la cultura de los griegos, sino anterior incluso a la invención del alfabeto...” (*Ibid.*, 31)³⁴.

El lector no puede sino quedar admirado del vigor de su pensamiento, de su alegría casi juvenil, de su simplicidad y coherencia:

“Entre nosotros, empero, no se da la ambición de gloria y por eso no seguimos multiplicidad de doctrinas (*dogmatón*)... y “filosofan” (*flosofousi*) no sólo los ricos, sino que también los pobres... Todos los hombres que desean filosofar (*filosofein*) acuden a nosotros que no examinamos las apariencias ni juzgamos por su figura a los que se nos acercan, porque pensamos que la fuerza de la inteligencia puede darse en todos, aunque sean débiles de cuerpo... Ahora bien, todo esto os lo expongo, no porque lo haya sabido de otros, ya que he recorrido muchas tierras y profesado como maestro vuestras propias doctrinas y he podido examinar muchas artes e ideas y, por fin, viviendo en Roma, pude contemplar detenidamente la variedad de estatuas por vosotros allí exportadas. No trato yo, como suele el vulgo, de confirmar mis doctrinas con ajenas opiniones, sino que sólo quiero escribir *sobre aquello que yo, personalmente, he comprendido*. Por ello justamente, dando un adiós a la altanería de los romanos y a la fría palabrería de los atenienses y a los desconcertados sistemas de vuestra filosofía (*dógmasin asynartétois*) me adhería finalmente a nuestra filosofía bárbara (*barbarou filosofías*)... tales son las cosas, oh helenos, que para vosotros he compuesto yo, Taciano, que profeso la filosofía bárbara (*katá barbárous filosofón*), nacido en tierra de asirios, formado (*paideutheis*) primero en vuestra cultura y luego en las doctrinas que ahora proclamo” (*Ibid.*, 32; 35; 42)³⁵.

[2] En la *Apología* de Aristides (en torno al año 120) demos constatar una vez más la conciencia que posee el filósofo ateniense y cristiano de pertenecer a una tradición de

³³ *Ibid.*, p. 607.

³⁴ *Ibid.*, p. 614. Muestra como siendo Hiram, contemporáneo a la destrucción de Troya —en la época de Homero— el que dio su hija en casamiento a Salomón, es evidente que Moisés es mucho más antiguo que Homero. ¡Aunque su argumentación histórica no tenga mucho valor, lo que sí tiene valor es la conciencia explícita y clara de ser miembro de un grupo cuya tradición es radicalmente distinta y más antigua que la de los griegos! ¡No es otra que la tradición semito-hebrea!

³⁵ *Ibid.*, p. 615-628.

pensamiento netamente diversa de las que existen en su época. Dicha tradición es la del judeo-cristianismo.

En primer lugar, critica la *Weltanschauung* de los llamados *caldeos* —que incluye a toda la sabiduría oriental indistintamente, pero igualmente buena parte de las posiciones indogermanas:

“Los caldeos... se extraviaron tras los elementos (*ton stoujeíon*) y empezaron a adorar a las criaturas en lugar de Aquel que los había creado (*ten ktísin pará tonktísanta*)... ¡Cómo los llamados entre ellos filósofos (*filósofoi*) no comprendieron en absoluto que también los mismos elementos son corruptibles” (*Apología*, III, 2)³⁶.

Comienza después una de las exposiciones más importantes en la historia del pensamiento humano, fundamento de la ciencia moderna y de la filosofía llamada occidental:

“Los que creen que el cielo es Dios yerran, pues le vemos que cambia y se mueve por necesidad y que está compuesto de muchos elementos...

Todo orden es construcción de algún artífice y todo lo construido tiene principio y fin... De donde resulta evidente que el cielo no es Dios, sino obra de Dios (*ergon Theou*).

Los que creen que la tierra es diosa, se equivocan... porque si se la cuece se convierte en muerta, pues de una teja nada nace... Es obra de Dios para utilidad de los hombres (*ergon Theou eis jresin anthrópon*).

Los que piensan que el agua es Dios, yerran...

Los que creen que el fuego es Dios, se equivocan...

Los que creen que el soplo de los vientos es Dios, se equivocan...

Los que creen que la luna es diosa...

Los que creen que el hombre es Dios, yerran...” (*Ibid.*, IV, 2-VII, 1)³⁷.

Es uno de los discursos más claros —después del de los profetas y salmos de Israel, pero el primero en metodología griega— que haya producido el movimiento de los apologistas. Se afirma, además, como un texto fundamentalmente Humanista, ya que en cada argumentación se concluye con el estereotipado —pero lleno de sentido— “... *para utilidad de los hombres*”. Se afirma así la “instrumentalidad” de todos los seres creados en referencia a la Historia humana, que es su fin. Si todos los cielos y esferas son instrumentos del hombre, la inteligencia ha sido liberada de aquel tan mítico y anticientífico “todo está lleno de dioses” de Tales. ¡Demitificación radical!

“Todas las Cosmologías helénicas son, en último análisis, Teologías; en el corazón de cada una de ellas, encontramos dogmas religiosos; sea que son admitidos a título de axiomas, de descubrimientos debidos a la intuición, como lo quieren los platónicos y neoplatónicos; sea que un análisis, al que la experiencia ha servido de punto de partida, aprueba los dogmas, cuando dicho análisis ha llegado a su término, como en el caso del peripatetismo. Estos dogmas, por otra parte, tomados en aquello que tienen de esencial, son siempre los mismos en todas las filosofías griegas, son aquellos que

³⁶ Ed. Bueno, BAC, p. 118.

³⁷ *Ibid.*, pp. 119-121.

enseñan las escuelas pitagóricas de la Gran Grecia; *Los cuerpos celestes son divinos*, son los únicos dioses verdaderos; eternos e incorruptibles; no conocen otro movimiento que el perfecto, el movimiento circular y uniforme; por este movimiento regular, según el más riguroso determinismo, se realizan de todos los cambios en el teatro del mundo sub-lunar.

“La ciencia moderna nacerá, puede decirse, el día en el que se haya proclamado esta verdad: La misma Mecánica, las mismas leyes, dan cuenta de los movimientos celestes y de los movimientos sub-lunares; la circulación del sol, el flujo y el reflujo del mar, la caída de los cuerpos, para que fuera posible concebir un tal pensamiento, era necesario que los astros fuesen destituidos de su rango divino donde la Antigüedad los había colocado; era necesario que una revolución teológica se produjera.

“Esta revolución será la obra de la Teología cristiana.

“La Ciencia moderna ha sido encendida por la chispa producida del choque entre la Teología del Paganismo y la Teología Cristiana”³⁸.

[3] El Cristianismo no propone solamente unos nuevos ethos, sino una cosmovisión radicalmente distinta a la sostenida por los griegos y romanos. Para los pensadores cristianos les fue muy fácil discernir las divergencias, que saltan a la vista, entre el pensamiento helenista y cristiano sobre las estructuras metafísica del mundo (eterno y creado), sobre los dioses (politeísmo y monoteísmo), sobre la moral (tragedia y libertad), sobre antropología (dualismo alma-cuerpo y unidad indivisible), sobre el devenir histórico (intrascendente y escatológico). Pero lo que les resultó mucho más difícil fue, primeramente, definir sus propias posiciones hasta sus últimas conclusiones, y, por otra parte, descubrir en posturas aparentemente cristianas las estructuras fundamentales del mundo indoeuropeo.

La primer tarea, de auto-definición, tuvo la mayor importancia para la historia universal, ya que se discutieron y clarificaron las estructuras metafísicas de la Divinidad misma (en las disputas arrianas sobre la Trinidad, en los Concilios ecuménicos de Nicea (325) y siguientes). Por su parte los Gnósticos, grupos cristianos de inspiración mazdeica y helenista alertaron a los Padres de la Iglesia sobre muchas equivocidades: la eternidad de la materia, la jerarquía de elementos divinos, la reencarnación del alma; recibieron una réplica en regla (principalmente gracias al libro cumbre del siglo II, escrito en griego por Ireneo de Lyon, *Adversus haereses.*, 140-202). Pero muchos otros movimientos (tales como los marcionistas, montanistas, zabelianos, donatistas) se opusieron a la tradición central, que supo paulatinamente elaborar toda una doctrina orgánica y homogénea, no por ello menos viviente y evolutiva.

Para la Historia de la cultura quizás no haya un aspecto tan importante como el nacimiento del personalismo cristiano, que explícito todos sus contenidos en torno a las disputas teológicas sobre la Persona de Jesucristo. La ortodoxia cristiana adoptó una posición que asumía la dialéctica oposición de Nestorianos (doble naturaleza) y Monofisitas (que defendiendo la única persona en Cristo negaban las dos naturalezas). Los sucesivos Concilios ecuménicos (Constantinopla I —381—, Efeso —431—, Calcedonia —451—, Constantinopla II —553—, y III —680—) irán descubriendo todas las virtualidades de una nueva antropología. Se

³⁸ Pierre Duhem, *Le système du Monde*, II, p. 453. Duhem prueba su tesis en su monumental obra de 10 volúmenes, un clásico insustituible en la historia de las ciencias.

estudia la Persona, sus facultades, su libre voluntad; su posición en la Historia irreversible (demitificándose el Eterno retorno); se libera el cuerpo y la materia de la culpabilidad maniquea (nada más extraña al cristianismo que el dualismo moral iránico).

Fueron tiempos turbulentos. Aún las más grandes inteligencias cristianas, como por ejemplo Orígenes de Alejandría, caerán en la tentación de la mezcla de la cosmovisión semito-cristiana e indoeuropea (Su obra *Peri arjon* es el mejor ejemplo). La decantación no fue inmediata. Fueron necesarios ocho siglos para que la “lucha a muerte” de la que hablamos al comienzo concluyera. La civilización greco-romana (en su nivel instrumental) había subsistido, aunque profundamente barbarizada en el occidente y reducida en el oriente. La cultura greco-romana, su núcleo mítico-ontológico y su ethos había desaparecido después de larga agonía. Sólo un modo de vivir y de contemplar el mundo de tipo cristiano se había implantado, y en ese “mundo intencional” serán educados los bárbaros —de origen indogermano, eslavo, húngaro-finés.

En el de la civilización ha habido continuidad; en el nivel intencional ha habido una ruptura:

§ 34. LA CULTURA BIZANTINA

Una cierta visión occidentalista de la Historia nos ha habituado a descartar fácilmente el Imperio Bizantino del acontecer universal. Con ello, evidentemente, no se llega a entender ni el desarrollo de la cultura árabe, y mucho menos de los pueblos eslavos y ruso. El Imperio romano se caracterizó por una división originaria en el nivel de la cultura. Una parte, la occidental, obedecía al imperio de Roma —del Atlántico al Adriático, de Gran Bretaña al norte de África y Sicilia—. Otra parte, la oriental, no era sino el mundo helénico bajo la organización político-militar de los romanos. En occidente se hablaba latín, en oriente griego. La frontera lingüística era una línea vertical que partiendo del África —entre las actuales Tunes y Libia— ascendía por el Adriático y dividía la actual Yugoslavia (la iliaria oriental de la occidental). Esta división producirá, con el tiempo, el nacimiento de dos Imperios, de dos mentalidades profundamente distintas. Una dará origen a la Cristiandad europea; otra, la oriental, a la Cristiandad oriental o bizantina. Aunque Roma se había impuesto sobre las potencias orientales (Egipto, Pérgamo, Rodas, etc.), el Mediterráneo oriental seguía siendo el centro del poder económico y cultural de Imperio. El Mar Egeo, y después igualmente el Mar Negro, ampliaban aún el horizonte de dicho mundo. Un lugar estratégico había sido siempre el estrecho de Bósforo y Dardanelos, donde Anatolia se unía a Macedonia y Tracia. Troya había ya dominado este pasaje; tiempo después la helénica Bizancio, ciudad comercial de segunda importancia, había sido fundada en esos parajes.

La historia del Imperio y de la cultura bizantina es, esencialmente, la vida y el desarrollo de una ciudad. Su rápido crecimiento, sus crisis, sus desastres, sus muchos apogeos debemos analizarlos resumidamente. Se trata de “la ciudad de Constantino”, que el Emperador inauguró el 11 de mayo de 330 d. C.: *Constantinópolis* (llamada Constantinopla)³⁹.

³⁹ Además de la *Cambridge Medieval History*, debe destacarse Charles Diehl-Georges Marcais, *Le Monde Oriental de 395 à 1081*, en la *Historie Générale* de G. Glotz, PUF, París, 1936; puede consultarse igualmente Louis Brehier, *Le Monde Byzantin*, A. Michel, París

[1] Constantino sólo gobernaba la Galia, España y Bretaña (es decir, la Europa central y occidental). Licinus los Balcanes e Iliria. Ambos se reunieron para oponerse a sus poderosos opositores: Maximiano (que dominaba Anatolia, Siria y Egipto) y Majencio (en Italia y África). Esta reunión se llevó a cabo en Milán, en el 313 d. C.; dicha fecha marca, es bien sabido, el comienzo de la libertad religiosa para el Cristianismo en el Imperio. Venciendo a unos, y por la muerte de otros, Constantino se encuentra siendo el único Augusto y César del Imperio en el 324. El Emperador reorganiza el Estado romano sobre nuevas bases. Divide todo el territorio en cuatro prefecturas (dos de cultura helenística: Oriente —Egipto, Asia, Ponto, Tracia y Oriente— e Iliria —Macedonia y Dacia—; dos de cultura latina: Galia e Italia)⁴⁰. Habiendo descubierto en sus continuas campañas la real implantación del Cristianismo, el nuevo Emperador se apoyó en él para efectuar la reforma. No es extraño entonces que proyectara alejar la capital de la influencia de la aristocracia pagana romana. Ningún lugar mejor que la proximidad con la Anatolia, donde la población cristiana sobrepasaba la mitad de los habitantes —ninguna otra región tenía tal porcentaje de cristianos—. Constantinopla además de dominar el Mediterráneo oriental, cuidar la frontera del Danubio, podía ocuparse más atentivamente de la política oriental donde los Persas constituían un continuo peligro. La ciudad estaba magníficamente situada, sus murallas la protegían por tierra (en el 447 poseía 96 torres de 20 metros de altura, las murallas exteriores de 9 metros de altura y las interiores de 11, con un foso de 15 a 20 metros), y su escuadra por mar. Debe tenerse siempre en cuenta que fue esta sola ciudad la que permitió constituirse la Cristiandad europea, ya que la defendió de todas las invasiones asiáticas y eslavas. Los visigodos, Avaros y Hunos, Persas y Arabes, Búlgaros y Rusos se estrellaron en sus puertas. En el 425 se fundó la Universidad, con 10 cátedras de lengua latina y otras tantas de griego, 5 de elocuencia latina y griega, 1 de filosofía y 2 de derecho. En el siglo VIII era el centro intelectual más importante del Mediterráneo (Atenas pagana había desaparecido y Alejandría caía en manos de los árabes). La cultura bizantina, como vemos, es el helenismo evangelizado al Cristianismo. El Imperio romano oriental nace con un signo nuevo: es la primera organización estatal que permite a la Iglesia “católica” (que en griego significa “universal”) una franca primacía⁴¹.

El Imperio oriental se diferenció del occidental en el sentido que poseía una estructura mucho más firme, una cultura más arraigada, un orden político más estable. Constantinopla supo subsistir las invasiones, mientras que Roma, mal situada estratégicamente en el Lacio, era objeto de la rapiña de los bárbaros, que frecuentemente la misma Constantinopla enviaba sobre el occidente en hábil política. La “nueva Roma” —los árabes llaman aún a los bizantinos rumi— llegó a tener hasta un millón de habitantes después de la ampliación de Teodosio.

El primer esplendor de la gran ciudad no se hizo sentir hasta tanto la división del Imperio no fue clara y definitivamente estipulada. Los hijos de Constantino, sin embargo, tienen conciencia que el centro del Imperio se ha desplazado hacia el Oriente. Constancio (337-361) gobernará en Constantinopla. Las luchas religiosas ocuparán mucha de su atención. Juliano, llamado el apóstata (361-363), significará el último intento de reimplantar el paganismo. A su muerte el Cristianismo se comporta ya como la religión del Imperio. El “foco intencional”

⁴⁰ Las prefecturas se dividen en diócesis, 14 en todo el Imperio, y estas se subdividen en provincias, 119 en total.

⁴¹ En el año 300 la monarquía armenia había adoptado el Cristianismo como religión oficial, pero era una comunidad secundaria con respecto al Imperio.

cristiano constituirá el “núcleo mítico” y el ethos de la cultura bizantina⁴². Mientras tanto el Imperio occidental daba muestras de creciente debilidad. Los Bárbaros presionaban sobre el Rin, pero especialmente sobre el Danubio, donde los Godos habían constituido un Reino temible para los romanos.

Joviano (363-364), Valentiniano (364-375), Valente (364-378) y sus descendientes (Graciano y Valentiniano) procuraron conservar la organización constantiniana, pero no podrán evitar las grandes querellas entre ortodoxos y arrianos. Solo Teodosio (379-395) configurará la política mediterránea de una manera definitiva. El Emperador español firmó la paz con los Persas (Sapor III); y aunque derrotó a los visigodos en Adrianópolis debió admitirlos en su ejército y en sus fronteras, lo mismo que a los Godos y Alanos. Con ello la invasión de los bárbaros comenzó en el corazón mismo del Imperio. Por otra parte, prohibió los sacrificios en templos paganos, y se inclinó ante Ambrosio de Milán, cumpliendo la penitencia que le impuso por la matanza de Tesalónica.

Con Teodosio la teocracia bizantina queda perfectamente estructurada. El griego supera ya al latín, que sólo es considerada lengua de la administración en la corte. A su muerte los Imperios se separan definitivamente: Honorio gobernará en Roma, y *Arcadio* (395-408) en *Constantinopla*. Mientras Roma era tomada y destruida en parte por el godo Alarico —después de la muerte de Estilicón—, Constantinopla comenzaba su historia propiamente dicha.

[2] La dinastía teodosiana (379-459) como hemos dicho, debió enfrentarse al grave problema de la invasión de los Visigodos que huían ante los Hunos. Se establecieron en la Mesía como *foederati*. Tiempo después Constantinopla dirigió a Alarico contra el Occidente —nombrándole *magister militum per Illyricum*—. Los Ostrogodos se establecieron en la Anatolia, en Frigia principalmente. Los bizantinos adoptaron la política de lanzar unos bárbaros contra otros —además de los nombrados, los Gépidos, Hérulos, Ruginos—. Pero la aparición de los Hunos era todavía más temible. En el siglo IV entraron en Europa, en el V su poder se extendía desde el Cáucaso a la Panonia, al norte del Danubio, en las estepas euroasiáticas. **Atilas** soñaba en conquistar todo el Imperio Persa y Bizantino. En el 447 sus bandas pasaron el Danubio e invadieron Mesía. Pero nuevamente los Orientales le dirigieron hacia el Occidente; después de sus invasiones en Galia e Italia (452) su poder disminuyó considerablemente. En el 474 Teodorico, el jefe de los Ostrogodos, emprendió diversas campañas contra los bizantinos. Al fin se le otorgaba la Dacia y la Mesía (483), pero después se le nombraba gobernador de Italia. ¡Una vez más Constantinopla lograba la paz en sus territorios produciendo la ruina del Imperio Occidental! Fue así que el jefe de los Hérulos, desviado con igual política hacia el oeste, Odoacro, depuso al último Emperador latino y envió a Bizancio las insignias de Rómulo Augústulo. Sólo había un Imperio romano, el bizantino, el único representante del *orbis romanus*. Zenón, Emperador en ese momento, lejos de significar un rey secundario es el soberano más poderoso de toda Eurasia. Su moneda oro era la más respetada, conocida en China y tenida como la mejor en Persia y aún en India. A Bizancio confluía todo el comercio oriental de las caravanas de Oxo, y el que por el mar Rojo conducía a Alejandría. Los metales procedentes del norte, aún de los países escandinavos, pasaban por sus territorios para ser forjados por los Persas.

⁴² Sobre la distinción metódica entre “foco intencional” y “núcleo mítico-ontológico”, véase el segundo volumen, *Introducción*.

Todo esto permitió a Anastasio (491-518) y Justino desarrollar la influencia de la gran ciudad, la segunda Roma. Pero solo con Justiniano (527-565) el Imperio recobra su grandeza un tanto olvidada, pero con un signo netamente cristiano. De espíritu latino, gran jurista, codificó el derecho romano-cristiano (el *Código de Justiniano*, el *Digesto* y las *Instituciones*) que será el fundamento de todas las instituciones jurídicas occidentales, bizantinas, eslavas —todo escrito en latín—. Este genial Emperador, no sólo supo definir los límites con los Persas, sino que reconquistó el África, de manos de los Vándalos, las islas del Mediterráneo y la España visigoda. Italia queda igualmente bajo su autoridad. Sólo el delta del Rodano conserva su autonomía. ¡El Mediterráneo es nuevamente romano... de la Roma bizantina!

El arte bizantino alcanza en estos momentos un esplendor inigualado. Santa Sofía de Constantinopla, la basílica de Rávena son un muy parcial testimonio, porque Justiniano construyó arquitectónicamente como ningún otro Emperador oriental, desde España a la Mesopotamia. Su autoritarismo sobre la Iglesia configurará el cesaropapismo tan propio de la cultura bizantina —y de sus grupos secundarios, como la rusa.

Sus sucesores (565-610) no tuvieron su grandeza de ánimo. El Imperio pierde mucha de sus conquistas, los Hunos y Avaros dominan la Macedonia y los Persas invaden Armenia. Los bizantinos entran por primera vez en contacto con los Turcos (570), que dominando la estepa se oponen a los Persas. Los eslavos se infiltran a tal punto en la misma Grecia que Isidoro de Sevilla esclamará: “Slavi Graeciam Romanis tulerunt” (*Chronicon*, CXXX).

Pero la gran ciudad, que tan pronto caía e igualmente en poco tiempo subía nuevamente al apogeo de su poder, conoció con Heraclius (610-641) y su dinastía (-717) un gran renacimiento. Heraclius llega a vencer a los Persas en toda la Mesopotamia y Palestina —desapareciendo así el Imperio de los Sasánidas y preparando el camino a los Arabes musulmanes.

Pero el reino de Heraclius comenzado tan gloriosamente terminará en la angustia y la derrota. Es el inicio de la “Edad Media bizantina”. El viejo Imperio romano dejaba lugar al Imperio griego de oriente y la primacía universal pasaba a manos de los Arabes. El Mediterráneo de Justiniano no se reconstruirá jamás y con ello comienza la *continentalización* de Europa y la división definitiva del *Mare nostrum*. Bizancio pierde el dominio de las grandes rutas con el Oriente —China e India—, y se reduce a una potencia naviera del Adriático, Mar Egeo y Negro. No por ello perderá la Anatolia, y no por ello dejará de ser, en muchos momentos, la potencia mundial de mayor prestigio. Sería un error histórico pensar que la decadencia estaba próxima. La esclavización étnica paralela a la helenización lingüística y cultural. Los Búlgaros, de origen húngaro-finés, constituyeron un gran Reino, un auténtico Imperio, en Tracia, y durante tres siglos serán los más peligrosos enemigos de los bizantinos.

Perdida la Siria, Palestina y Egipto en manos de los Arabes, pero salvada la gran capital gracias a su escuadra y al recién inventado “fuego griego” (677), los musulmanes, derrotados en el mar, deben pedir una paz humillante, que Mo’awiya debió firmar en 678. ¡Los musulmanes encontraron en Constantinopla el muro defensor de Europa! Las conquistas des Islam árabe en Anatolia y el Egeo no avanzarán en el futuro.

En el Occidente los bizantinos solo dominaban a Venecia y Rávena, es decir, el Adriático.

Los Emperadores llamados “Iconoclastas” (717-802) (dinastía Isauria) comenzaron su reinado con el triunfo de León III, que rechazó el sitio de Constantinopla, donde los Arabes perdieron hasta 150,000 combatientes y cerca de 1800 naves (717-718). Carlos Martel en Occidente había igualmente detenido el elan conquistador de los musulmanes, que

experimentan su primer crisis importante. Poco después, por la intervención de los Francos en Italia el Sumo Pontífice romano toma cada vez mayor importancia en la política de la península, y Bizancio debe contentarse en ocuparse casi exclusivamente de los problemas orientales. Roma crecía en Occidente, y la ruptura con el Oriente fue inevitable. Constantinopla nunca pudo separar a los Francos de roma (756-774). Carlomagno se ocupará de disipar toda esperanza bizantina en Europa, y los dos Imperios nunca encontrarán ya un lenguaje común.

Después de un período de transición, que comienza con el golpe de estado del 802 y con la muerte de Nicéfora en manos de los Búlgaros (811), donde la lucha contra estos y contra el Kalifato de Bagdad ocupó el mayor esfuerzo del Imperio, dominó la situación la dinastía Macedónica (867-1057). Un pueblo bárbaro y juvenil se hizo presente en Constantinopla con la intención de sitiarla y tomarla; aunque rechazados fueron considerados con respeto; se trata de los Rusos.

[3] En esta época comienza la expansión cultural bizantina, por medio de los misioneros ortodoxos, entre los pueblos eslavos, húngaros, fineses, Cirilio y Metodio, dos hermanos que habían estudiado en la Universidad de Constantinopla, evangelizaron primero la región de los Khazares en 860, y en 863 fueron designados para instruir en la fe ortodoxa a los súbditos del príncipe Rostislav de la Gran Moravia. Originarios de Tesalónica, conocedores entonces del eslavo y del griego, tradujeron el evangelio en lengua eslava; aplicaron el alfabeto griego a la lengua eslava y practicaron la liturgia bizantina; formaron un clero nativo eslavo. Sin tener plena conciencia de ello abrieron el horizonte de la cultura bizantina a toda la Europa oriental.

Los Búlgaros, enemigos irreconciliables de los bizantinos, fueron igualmente evangelizados desde el 864, por pedido de Tzar Boris. Los Rusos ingresarán poco después en la Iglesia Ortodoxa, que educará a los nuevos pueblos en las estructuras intencionales del núcleo mítico-ontológico y del ethos del judeo-cristianismo en su tradición griega-oriental. De este modo Bizancio, que perdía el Mediterráneo, comenzó a ganar las estepas euroasiáticas, antigua cuna de los indoeuropeos. En poco tiempo la cultura, el arte y el ethos bizantino llega al Báltico, por el Principado de Nóvgorod. ¡Estamos en el siglo de oro de la auténtica cultura bizantina! Reconstituida la Universidad se produce un movimiento llamado “el segundo helenismo” (*hellenismos deuterios*), que rechazando las estructuras paganas se conocen, practican y admiran todos sus refinamientos. Fotius es un prototipo del humanismo bizantino. León el filósofo el más inteligente de todo este renacimiento. Teofilo fue un admirable arquitecto, Juan el Gramático un retórico. En Athos el movimiento monástico se reforma y la teología conoce uno de sus mejores días.

El Imperio gana terreno sobre los Arabes sobrepasando el Éufrates en 873, y recuperando Armenia. En el 961 los bizantinos ocuparon nuevamente Creta —que será definitivamente helenizada—. Ellos dominaban, entonces en gran parte el Mediterráneo oriental. En el 964 ocupan Chipre. En el siglo X Constantinopla había recuperado mucho de su poder y era, ciertamente, la ciudad más cosmopolita, refinada e industrial del mundo conocido⁴³.

⁴³ Para una descripción de las instituciones de la época nada mejor que el cap. Sobre “El Imperio bizantino en el siglo X”, en *Le Monde Oriental* de Diehl, ed. cit., p. 486 ss.

Su comercio floreciente dominaba el tráfico mundial. La ciencia llegó a objetivarse en las primeras grandes Enciclopedias —en sentido moderno. Casi todas las obras del helenismo se encontraban en sus bibliotecas. La literatura tuvo un renacimiento creador entusiasta. Sin embargo una aristocracia feudal se separaba radicalmente de la masa que solo participaba de los beneficios en una mínima parte.

Desde comienzos del siglo XI las bandas de Normandos hacen su aparición en el área bizantina. Pero lo que fue mucho más grave, aunque su poder todavía no hacía sospechar el fulgurante triunfo futuro, los Turcos seléucidas conquistaban Armenia (1063-1072). Los Arabes nunca se habían instalado establemente en Anatolia, pero los Turcos la arrebataron integralmente a los Bizantinos antes del fin del siglo XI. En la batalla de Mantwikipert, 19 de agosto de 1071, el mismo Emperador cae prisionero en manos de los Turcos. Sobre la bizantina Anatolia nacía la Turquía actual. El cristianismo helénico dejaba lugar al Islam turco. Por otra parte, el Imperio perdía la Italia meridional. Los latinos habían lanzado su primera Cruzada, que fue la expansión de la Cristiandad europea protegida hasta ese entonces por el muro bizantino. Las Primeras Cruzadas implantaron en tierra islámica algunos latinos (desde el 1097), pero la cuarta dio a Constantinopla un golpe mortal asaltándola el 17 de julio de 1203. ¡Era la primera vez que la “Segunda Roma” sufría esta derrota! El Imperio latino oriental solo duró hasta el 1261. Miguel Paleologo intentó reconstruir el Imperio bizantino, pero fue imposible.

Grecia pertenecía a los Catalanes y Franceses, Turquía a los Seléucidas y Otomanos. No poseía flota, sus reservas económicas estaban terminadas. Cuando los clanes militares Otomanos pensaron hallar en el Imperio bizantino un buen botín nadie se les opuso, sino las solas murallas de la gran ciudad. La Tracia fue ocupada y Constantinopla quedaba encerrada en medio de la población turca (1347). Bajazet sitió la ciudad en 1399, pero debió abandonar el asedio y ocuparse del ataque de Tamerlán, quien le derrotó en Ankara. Los cristianos griegos postergaron así su agonía. El 6 de abril de 1453, ante una muy débil ayuda de los latinos, Muhámmad II asaltaba la ciudad, y poco después entraba en Santa Sofía convertida en mezquita musulmana. ¡Así desaparecía el Imperio cristiano oriental!

El historiador de la cultura puede preguntarse cuál es el sentido de este Imperio Bizantino. Aparece muy claro en el contexto de la Historia Universal. Fue el primer Estado imperial que nació bajo la impronta del Cristianismo, cuyo núcleo mítico-ontológico inspiró sus estructuras. Sirvió al mismo tiempo como muro ante el Islam para permitir la construcción de Europa, pero lo que es mucho más importante, engendró toda una cultura bizantina de la cual los Griegos, Servios, Búlgaros, Rusos y muchos otros constituyeron un horizonte intencional perfectamente caracterizado. Sobre el nivel del núcleo mítico-ontológico y del ethos ya nos hemos referido en el apartado anterior. Constantinopla fue una comunidad cristiana, y la constitución de las estructuras del personalismo cristiano le deben a ella sus primeras definiciones. No tanto en la Universidad como en los Concilios el bizantino descubrió la persona humana y sus últimos elementos metafísicos. Para una historia de las *Weltanschauungen* Bizancio es una de las llaves interpretativas. Al judeo-cristianismo había desplazado de enormes áreas al pensamiento indoeuropeo.

§ 35. LA CIVILIZACIÓN RUSA

Una magnífica difusión de la cultura bizantina fue la Cristiandad ortodoxa de la Rusia de Kiev, Nóvgorod y Moscú. Cronológicamente deberíamos tratarla después de Europa, ya que

cuando Carlomagno era coronado Emperador, todavía los rusos no habían dado “signos de vida”. De todos modos, estructuralmente, en cuanto cultura dependiente de la bizantina, debe ser estudiada aquí. Lo que pudiéramos llamar el “corazón de la Rusia”, la Rusia originaria, creadora y conquistadora, se encontró en la zona de los bosques mixtos —constituyendo un triángulo cuyo vértice se encuentra al este en Kazán sobre el Volga, al norte en Nóvgorod y al sur en Kiev—, pero aún pudiéramos restringirla a la línea vertical que naciendo en el Dniéper sobre el Mar Negro, asciende este río para pasar por Kiev y Smolensk, y terminar en Nóvgorod y el mar Báltico. Significa, entonces, la expansión de la cultura de Constantinopla que partiendo de Creta, dominaba el Egeo y el Mar Negro y ascendía hasta el Báltico —línea vertical—, mientras que en dirección este-oeste (horizontal), el mundo bizantino llegaba a los Balcanes y el Cáucaso⁴⁴.

[1] Parte de los estudios prehistóricos los hemos embozado cuando expusimos el origen de los Indogermanos. Ya que, las estepas del Sur de Rusia —por las que tanto lucharán contra los Turcos—, aunque serán ocupadas por los eslavos rusos, fueron el país originario de los Indoeuropeos, y después la conquistaron los jinetes y pastores asiáticos, mongoles y turcos.

El Paleolítico inferior está abundantemente representado con las industrias acheulense, musteriense, especialmente en Crimea, Ucrania y los Caúcosos. El Paleolítico superior —estudiado especialmente por Boriskowskij— posee una de sus mejores culturas en la zona de Jerzmanowice, en los límites con Polonia (de unos 38160 años de antigüedad según el Carbono₁₄).

El Neolítico tiene 5 niveles distintos. El primer o Neolítico inferior —cuyo más antiguo hallazgo se encuentra en Starcevo, de unos 5000 a. C.—, posee una industria abundante microlítica y una cerámica característica, en Bulgaria occidental. Un segundo nivel es la Cucuteni—Tripolje, de unos 4000 a. C., en Ucrania occidental, con una cerámica en bandas. El tercer nivel lo representa la cultura Surkaja, al norte del Mar Negro —creada por cazadores y pescadores —, que se prolongará como cultura del Dniéper-Donetz. Esta última es el cuarto nivel, cuyo portador es un tipo europeo Cromagnon, que culmina en el 3000 a. C. Por último, quinto nivel, procedentes de la región esteparia oriental, se hace presente el Kurgan I (los proto-indoeuropeos), que desplazan a la cultura Dniéper-Donetz, en el tercer milenio.

La edad del Bronce —que comenzó en el 2300 a. C., en estas regiones—, ve organizarse las culturas del Póntico norte o de Crimea, con sus tumbas catacumbas (Kammergrabkultur); poco después, procedentes siempre del este, se instala la cultura proto-escita, que desplazándose de la estepa del norte del Mar Aral se superpone en el 1100 a. C. a la cultura del Dniéper. La indoeuropeización de la estepa desplaza hacia el norte a la cultura Fatjanowo —en cuyo centro se encuentra hoy Moscú—, y la cultura Turbino (Wolsowo-Sejma), en todo el valle del Kama hacia el nordeste.

⁴⁴ Véase la meditación sobre esta expansión geográfica que propone A. Toynbee, *Estudio de la Historia*, I, pp. 87 ss; *La sociedad Cristiana Ortodoxa*. Puede consultar B. H. Summer, *Historia de Rusia*, FCE, México, 1944, 444 p.; E. A. Golomstak, *The Old Stone Age in European Russia*, en *Transactions of the Am. Phil. Soc.*, XXX, t. 2 (1938); A. Kernd'l, *Bericht über den Forschungsstand der Ur- und Frühgeschichte in der Sowjetunion*, en *Berliner Jarhrb*, I (1961) y II (1963); P. Pascal, *Historia de Rusia*, Surco, Barcelona, 1950, 168 p.; V. O. Klyuchevsky, *A History of Russia*, Londres, I (1911) - V (1931); K. Stählin, *Geschichte Russlands von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Berlín, I (1929) - IV (1939). Dejamos de lado, por ahora, todos los acontecimientos y bibliografía posteriores a la revolución de octubre de 1905.

Racialmente eran los fineses los que ocupaban la mayoría de la actual Rusia europea. Los eslavos Orientales se encontraban, históricamente, confinados a los estrechos límites que los germanos (al oeste), los fineses (al este, nordeste) y los asiáticos (mongoles al sur) les habían asignado. Su región originaria, entonces, era el del oeste de los pantanos de Pinsk hasta la cuenca del Vístula y hasta el sudoeste de los Cárpatos, progresando poco a poco hacia las fuentes del Dniéper, Niemen, hasta la región lacustre de Nóvgorod, no lejos del Lago Ladoga. Los bosques quemados abonaban una tierra fértil para efectuar la revolución agrícola. Desde esa zona comenzará una larga, penosa y constante conquista del sur, norte y este, y una continua defensa contra el oeste. Todas eran tribus dispersas, sin ninguna organización federativa. Perteneían o al Imperio de los Kazares (Kanato del Cáucaso norte, del Mar Aral y de la cuenca del Río Oka), cuya capital era Itil en el Volga, o al Imperio de los búlgaros en la cuenca del Kama (descendientes de los Hunos y de la familia de los que poseían un Kanato en la desembocadura del Danubio), mezclados entre los magiares (húngaros) que ocupaban todo el sur entre el Don al Dniéster.

El origen de la gran cultura ortodoxa-rusa, no fueron los eslavos, sino algunos aventureros normandos, llamados los varengos, que aterrorizaron el Imperio de Carlomagno y aún se establecieron en Europa occidental. La poesía épica escandinava recuerda la inmigración de los Godos hasta el Dniéper y el Mar Negro⁴⁵. Ya en el siglo VI d. C. la civilización nórdica de los Vikingos tomaron contacto con los bizantinos. Siguiendo el Mar Báltico, como comerciantes y no como piratas (*war* significa en ruso mercancía, *Vaeringjar* en escandinavo, *Varjag* en ruso), los normandos dominaron las ciudades de Nóvgorod y Kiev. Ellos supieron organizar estados, crear leyes e imponer una autoridad.

Quizás el vikingo Roerek, que desatando París e Inglaterra regresó a Dinamarca, conquistó Nóvgorod con el nombre de Rurik. Hoskuld y Dyri se impusieron sobre Kiev, uniendo así los ríos Lovat y Duna con el Dniéper: el Báltico con el Mar Negro. El 18 de junio de 860 los varengos sitiaron Constantinopla. ¡Así nacía a la historia Rusia, un pueblo eslavo administrado por normandos!

[2] La Rusia de Kiev (860-1237 d. C.) ocupa todo el período comprendido entre los primeros príncipes de Kiev hasta la invasión mongola. Helgi (el Oleg de la Crónica) sometió a Smolensk e hizo de Kiev la capital del Estado ruso. En el 907 ataca nuevamente a Bizancio, obteniendo en el 911 un tratado muy ventajoso para los rusos. Como vemos, siendo el Mediterráneo el centro de la Historia, los rusos miran hacia el Mar Negro, y como “bárbaros y paganos” atacan a la capital del Imperio (en el 941, Ingvar, verá destruir su flota por el “fuego griego”).

Helga (Olga), regente durante veinte años, tomó contacto con los cristianos ortodoxos y se hizo bautizar en el 955 en Kiev. Las experiencias de evangelización entre los eslavos realizadas por Cirilo y Metodio —en torno al 860— dieron inmediatamente fruto en el joven Estado ruso. En el 957, Olga es recibida como princesa cristiana en Constantinopla; en el 959 pide el emperador Otón I un obispo. Desde Treves Adalberto, llegará poco después a Kiev. Rusia duda todavía si entrar en contacto con el Imperio oriental u occidental.

⁴⁵ Cfr. Lucien Musset, *Les peuples Scandinaves au Moyen Age*, Presses Univ. de France, París, 1951, pp. 26 ss. Pareciera que llegaron hasta los Cárpatos (Harfadhafjöll), todo esto ya en el siglo V d. C. Véase M. Vasmer, *Wikingespuren in Russland*, en *Sitzungsberichte der preussischen Akad. der Wiss.*, Phil. Hist. Kl. (1931), pp. 649-674.

Sviatoslav, gran guerrero, no admitió el cristianismo. Por el contrario Vladimir, con refuerzos normandos, se hace coronar (978-1015), y después de luchar contra los cristianos, pidiendo la mano de Ana, hermana del Emperador de Bizancio, se convierte y establece el más grande Estado cristiano eslavo, desde el 988.

Desde ese momento el Estado ruso de Kiev logra continuas victorias sobre sus vecinos, difundándose el cristianismo ortodoxo entre los vencidos. En el 1025 se comienza la Santa Sofía de Kiev, en 1045 la de Nóvgorod, en el 1051 se funda el primer monasterio en Criptas —bajo la autoridad de Antonio, monje del Monte Athos— Yaroslav completa el *Estatuto* que Vladimir había promulgado, y extiende a todo el Estado las leyes dictadas para Nóvgorod, que llevará el nombre de Ruskaya Pravda (derecho o verdad rusa). El primero se inspira en el Derecho canónico romano, el segundo en el Derecho germano (*Wehrgeld*)⁴⁶.

Después cabe destacarse Vladimir (1053-1125), nieto de Yaroslav, príncipe modelo en la defensa del orden y la justicia. Este príncipe cristiano fue un infatigable guerrero —se cuentan en 85 sus campañas de defensa o conquista—. Después de una serie de reyes menores, Kiev entra en una franca decadencia. Tomada y desmantelada en 1096 por Polovtsy, enteramente destruida por el incendio de 1124, es nuevamente tomada por asalto por Bogolioubovo en 1169, y por Rurik en 1209. La población emigra hacia el nordeste; hacia Souzdal y Vladimir. El arte alcanza una belleza clásica, y las obras arquitectónicas y literarias florecen en todas las capitales.

“En esta época Rusia reúne diversos pueblos, sintetiza distintas culturas, forja un Estado cristiano y constituye las normas de vida que serán para siempre las propias. Ella es el punto de avanzada de Europa contra las invasiones asiáticas”⁴⁷.

En el momento en que la Cristiandad latina se lanzaba a la conquista de la Palestina por la Cruzadas, y hacía peligrar —y aún conquistó— algunos principados rusos por los ataques de las Ordenes Teutónicas (que conquistando la Prusia oriental avanzaban por el Báltico), en ese momento Rusia sucumbe ante el empuje de los mongoles. Sólo unos 150,000 guerreros asiáticos, siendo los mejores de su tiempo, comienzan sus conquistas rusas en 1223. Teniendo consultores nestorianos, los mongoles son, primeramente muy hostiles contra el Islam. La muerte de Genghis Khan posterga la conquista definitiva, pero en 1236-1237, bajo el mando de Subutai-Bohadur, sólo dos años necesitan para tomar tras otra todas las provincias rusas, y derrotando a polacos y germanos se presentan ante los muros de Viena. Nóvgorod se salva de la matanza y la ruina. El príncipe Alexandro dejará memoria de sus victorias en la conciencia del pueblo ruso. La ocupación mongola paraliza la expansión del Estado ruso, y ciertos príncipes se aprovechan de la situación. Entre ellos, florece especialmente el de una reciente ciudad (mencionada por primera vez en 1147, cuando la destruyen los mongoles): Moscú. Su inmejorable posición geográfica, el orden de la sucesión dinástica, la colaboración con los Khanes colaboró en su lenta pero segura ascensión. Por último, Ivan II el Grande (1462-1505) derrota a la *Horda Dorada* de los mongoles, poniendo fin a la dependencia asiática (1240-1480).

⁴⁶ Para el desarrollo detallado de la Historia Rusa, además de la bibliografía indicada en la nota (44), cfr. Pierre Kavalesvsky, *Manuel d' Histoire Russe*, Payot, París, 1948; George Vernadsky, *Ancient Russia*, Yale Univ., New Haven, 1943; *Geschichte der UdSSR*, publicada por el Inst. für Gesch. bei der Akad. der Wiss. der UdSSR, Rütten-Leoning, Berlín, 1957; Milioukov-Seignobos-Eisenmann, *Histoire de Russie*, E. Leroux, I (1932)-III (1933); etc.

⁴⁷ P. Kavalevsky, *op. cit.*, p. 67.

[3] La Rusia moscovita comienza entonces con Iván III, que realiza la gran obra arquitectónica del Kremlin (1485-1516). Este príncipe eleva a Moscú a la dignidad de “Tercera Roma” (después de la destrucción de Bizancio por los turcos) y se constituye en el portaestandarte del mesianismo nacional ruso. Basilio III (1505-1533) aumentará y consolidará las conquistas; pero será Iván IV el Terrible (1533-1584), coronado Zar en 1547, el que fundará el Imperio ruso. Así como la España se había levantado de su postración ante los invasores árabes y había constituido un poder Imperial y colonial con Carlos V, así la Rusia alcanza igualmente su libertad de los mongoles (no ya por Castilla sino por Moscú) y constituye el Imperio y sus colonias siberianas con Ivan IV. En 1567 organiza la primer expedición hacia China y Corea, y el cosaco Ivan Petrov y Yalitchev atraviesan toda la Siberia. En 1598 llegaba a su fin la conquista de la Siberia occidental. En este siglo XVI, igualmente, se entabla una guerra —de la cual los Rusos triunfarán— con Turquía por el dominio de las costas del Mar Negro. Pedro el Grande conquistará Azov solo en 1696.

Ivanovich (1584-1598) y Godunof (1598-1605) no lograron realizar el ideal de la unidad Rusa. Sólo Miguel Romanof (1613-1645), elegido por la “Asamblea de la tierra”, hijo del Metropolitano, candidato de la Iglesia Ortodoxa y retirado en el convento de Ipatiev, logra establecer un orden definitivo y la unidad nacional.

Alexis (1645-1676) no sólo continúa la labor de su antecesor sino que produce una reforma de fondo con todo un conjunto de leyes nuevas (1648-1649), siendo Pedro I el Grande (1682-1725) la continuación de su gran reinado. Con Pedro, Rusia adquiere la fisonomía actual; la guerra contra Turquía le permite la salida al Mar Negro, la fundación de San Petersburgo afirma su apertura al Báltico, la organización de la conquista de la Siberia le permite llegar hasta el Pacífico⁴⁸. La zona de bosques mixtos —corazón de la expansión rusa— se había ahora unido por el Imperio a la estepa del sur (zona originaria de los indoeuropeos, y en disputa con los Turcos), y a los bosques de coníferas, donde el ruso buscaba las pieles preciosas y aún los metales (Mangazeya fue la Potosí rusa del 1600). La conquista del sur se hizo siguiendo el Volga y no el Don; la conquista del este se realizó en la zona de bosques y no en la estepa. Pedro I, por la influencia ocasional de Timmermann y Karsten en su infancia, producirá una revolución técnica en Rusia, con medidas profundamente anticlesiales, que impondrán un modo de vida europeo occidental⁴⁹.

La ruta que Pedro le permitirá a Rusia permanecer hasta 1917 como gran potencia europea. Después de la Revolución comunista pasará a ser la gran potencia mundial.

⁴⁸ La conquista de Siberia nos hace pensar en América. La personalidad de Yermak (1581-1585) tiene mayor parecido con Pizarro que con Cortés; el asombroso avance hacia el Este (Yemisei, 1607, Lena 1632, en el Pacífico 1640) nos recuerda la conquista de los hispánicos sobre el indio. Tanto los mongoles como los amerindios eran razas y culturas asiáticas; tanto los rusos como los españoles eran Imperios cristianos. Ambos se proponían al mismo tiempo una Cruzada donde se aunaban los fines políticos y religiosos. La cosmovisión cristiana ortodoxa y latina, llegaban a ambos márgenes del Pacífico; es decir, los continentes Euroasiático y Americano conocían ahora la primacía de una cosmovisión semito-cristiana. Por Alaska los rusos tocaron México, Latinoamérica. No es extraño que Francisco Miranda en el proceso de la emancipación contra España hubiera tenido apoyo de la zarina rusa.

⁴⁹ La función de Pedro es análoga a la del comunismo desde 1971. Produjo una revolución antitradicional, una tecnificación de tipo occidental; la primera “Academia de las Ciencias” la formaban solamente extranjeros. El Zar mantenía correspondencia privada con Leibniz y Christian Wolf. La posición a sus proyectos fueron tan obstinados como su voluntad de llevarlos a cabo.

[4] La cultura rusa, su *ethos* y núcleo mítico-ontológico no es otra que el natural proceso del desarrollo de la visión bizantina de la existencia, vivida por un pueblo eslavo en los bosques mixtos de Rusia. Desde cuando en el 988 Vladimir I se bautizó en la Iglesia ortodoxa, las estructuras culturales fundamentales no sufrieron una ruptura fundamental hasta 1917 —quizás preparaba dicha ruptura por la reforma de Pedro I—. La Iglesia ortodoxa dio a Rusia su alfabeto, cultivó su lengua, defendió el alma nacional en el tiempo de la ocupación mongola. Fue en los monasterios, como en la Europa Medieval, donde la cultura bizantina y aún griega clásica se vertió en ruso; donde se estudiaron los textos de los Padres de la Iglesia griega. Poesías de carácter lírico y épico, en lengua y música eslava, son frecuentes desde el siglo X. El anonimato es la regla general. La destrucción de Kiev en 1240 en manos de los mongoles arrebató a Rusia su capital intelectual (comparable para los eslavos al incendio de la biblioteca de Alejandría, aunque las diferencias son abismales). La literatura rusa, tiene los siguientes periodos: Antes de la ocupación Mongola (1240), frecuentemente traducciones del griego y aun del búlgaro; la segunda, hasta la muerte de Iván el Terrible, época pobre en obras; el tercer período, comprende desde fines del siglo XV al siglo XVIII, dominada por el espíritu escolástico de Kiev y el culto a la tradición; por último Pedro I abre Rusia a la influencia europea. La universalización gana terreno lentamente hasta que en el siglo XIX es el romanticismo primero, el idealismo después y el eslavofilismo por último los que dominan la escena.

Solo nos ocuparemos en las pocas líneas que nos restan, del siglo XIX, cuando floreció la cultura rusa moderna que buscó su propia definición. Para Soloviev, habría aún que retrasar más la toma de conciencia:

“En el curso del reino de Alejandro II se terminó la formación natural y externa de Rusia, la formación de su cuerpo y, entre torturas y dolores, ha comenzado el proceso de su nacimiento espiritual”⁵⁰.

Karamazine abre el siglo XIX con su obra *Historia del Estado Ruso* (1816), pero será Joukovki (1783-1852) el que introducirá en Rusia por primera vez al romanticismo; sea por sus poesías, por sus traducciones, por su diálogo puede considerársele el inspirador de Pouchkin (1799-1837). Este, el más grande de los poetas rusos, que no solo se expresó en romántico, sino que superando este estilo se manifestó como el más vigoroso artista del alma rusa, supo escribir acerca del temperamento patrio que vivió en su propia existencia: sus entusiasmos eran seguidos por bruscas cóleras y desesperanza infinita. Vemos en él una gran influencia europea, pero ya se ha logrado una personalidad nacional y brotan aquí y allá ejemplos de la pujanza intelectual autóctona.

A partir del 1849 —por la fundación de las universidades en rápido crecimiento—, la “Inteligencia” rusa se divide en dos grupos. Uno, bajo la autorizada palabra de Bielinski (1810-1848), indica como la única posibilidad de desarrollo y justicia en Rusia es

⁵⁰ *Obras completas*, San Petersburgo, 1907, III, p. 189; discurso pronunciado el 19 de febrero de 1883. Y hablando de este renacimiento nos dice: “Entre los precursores del futuro, Dostoievski es ciertamente el primero; mucho más profundamente que los otros vio la esencia del mundo futuro, y es con una fuerza sin igual que lo ha anunciado” (*Ibid.*). Este magnífico pensador tuvo la valentía de escribir: “La adoración a nuestro pueblo como el portador privilegiado de la verdad universal y después la adoración del pueblo como una fuerza elemental fuera de toda verdad; y al fin la adoración de los caracteres exclusivos y de las anomalías históricas que nos distingue de toda la humanidad... es decir, la negación de la idea de universalidad. “¡He allí nuestro nacionalismo! (*Obras*, V, p. 206; artículo de 1889).

inspirándose en las realizaciones europeas, siendo necesario llamarles en auxilio de Rusia (la llamada posición Occidental). Estos exaltaban la personalidad de Pedro el Grande. Otros en cambio, encabezados por Khomiakov, mostraban como la solución rusa sólo podía emerger desde la tradición milenaria del mismo pueblo ruso (el eslavofilismo). Estos, para justificar su posición recurriría a la historia, al misticismo ruso de la comunidad cristiano ruso-ortodoxa. Ambos movimientos fueron muy ricos en obras, en ideas, en sugerencias.

Dostoievski (1821-1881) surge como una personalidad solitaria y apocalíptica, con una facultad incomparable para comprender al miserable (*Pobres gentes*).

Vladimir Soloviev, por su parte, asume en su obra la posición de los Occidentales y Eslavofilistas, hecho que deja ver perfectamente en estas pocas palabras:

“El período de reformas de Pedro el Grande constituye para nosotros en centro de la historia rusa... El retoño la tradición de la Rusia Kieviana, interrumpida por la invasión mongola, aseguro la unidad nacional... Sea cual fuere, el carácter personal de Pedro el Grande, pido, por su obra histórica, atraer a Rusia a su vida cristiana, a aquella que había tomado San Vladimir. Postergó la idolatría nacional para aceptar una fe universal”⁵¹.

§ 36. LA CULTURA ISLAMICA

La semitización del área indoeuropea no había concluido con la expansión bizantina en las estepas euroasiáticas y los bosques mixtos. Toda la Persia, cuna de la *Weltanschauung* iránica y el mismo Indo se habían independizado de la influencia helénica y nunca recibieron —sino secundariamente y a través de grupos monofisitas, nestorianos u otros la influencia del Cristianismo—. El judaísmo se había implantado pero como una minoría muy pequeña, viviendo en barrios apartados de las ciudades. Será entonces la expansión del Islam la que semitizará definitivamente todas las regiones comprendidas desde el Indo y el Oxus hasta Gibraltar, comprendiendo así el área nuclear de las culturas egipcias, palestineses, sirias, mesopotámicas e iránicas. Si se tiene en cuenta que el Islam llegará hasta el Ganges, hasta las islas de Indochina y el Pacífico, se comprenderá su importancia en una Historia Universal de las *Weltanschauungen*⁵².

[1] Desde un punto de vista de la civilización, en el nivel económico, los Khalifatos islámicos permitieron resucitar una economía del antiguo sistema —que la enemistad entre Persas y Bizantinos había impedido en gran parte—. Pero, y al mismo tiempo, aisló a los bizantinos y a la naciente Cristiandad europea en un ciclo más o menos cerrado —tanto desde el punto de vista comercial como cultural—. Lo que se llamará Occidente germano-latino (expresión muy equívoca) realizará un movimiento de repliegue sobre sí mismo, para

⁵¹ La cuestión nacional Rusa (1888-1889), *Obras*, V, pp. 140. Puede verse como Soloviev aúna la posición de los *Occidentales*, mostrando la importancia de Pedro y su universalismo, y de los Eslavofilistas, no dejando de lado la tradición nacional. Pero el nacionalismo dejaba poco a poco lugar a una posición más internacional. Lenin adoptará una política francamente contraria al nacionalismo zarista.

⁵² Véase Al-Fakhri, *Histoire du Thalifat et du Vizirat*, Derembourg, París, 1895; *Encyclopédie de l'Islam*, París, Leyde, 1907-1938; Hitti, *History of the Arabes*, Londres, 1940; George Marcais, *Le monde oriental*, ed. cit.; Arthur Tellegrih, *L'Islam dans le monde*, Payot, París, 1950; hemos indicado otra bibliografía en nuestra obra *El humanismo semita*.

después, y sólo por la experiencia naviera de Portugal y España, emprendiendo el largo camino del Atlántico (sea por África o por América) logrará conectarse nuevamente con la India y China —que durante ocho siglos le fue imposible—. El Islam fue el muro que permitió a Europa “tomarse el tiempo” necesario de producir la más grande revolución intencional de la Historia Humana, y que sólo a partir del siglo XVI se comenzaron a ver los frutos maduros. El Islam constituye y permite la Edad Media.

En la cuna misma de muchas de las emigraciones semitas, en el inmenso desierto sirio-arábigo, vivía un pueblo nómada, rústico, con una ejemplar noción de la hombría, patriarcal en consonancia a sus cultos uránicos. Los Beduinos del desierto de Nedj habían llegado a constituir en el siglo IV d. C., un pequeño Reino llamado de los Lakhmidas, vasallo de los Persas y cuya capital era Hira, sobre el Éufrates. Convertido al Cristianismo este pueblo árabe había aceptado el nestorianismo. Igualmente el Reino de los Ghassanidas, se convierte al Cristianismo pero en su tradición monofisita. Pero más al sudeste, en las proximidades de las costas del Mar Rojo, floreció toda una civilización que vivía del comercio entre el Egipto y la India. La Meca era una de ellas, e igualmente Medina (que en semita significa simplemente “La ciudad”). Tierra pobre disputada por tribus enemistadas por antiguas venganzas, cultores de una religión groseramente politeísta, pero en su mayoría adoradores de *Allah*, el Padre de los Cielos. En el siglo VII, este pueblo despierta violentamente a la Historia Universal, venciendo a los Persas, a Cosroes, en Parviz (604-611). Con un ethos configurado por una sobriedad tradicional, un vigor nervioso, una inclinación al misticismo y al ideal magnánimo, el árabe es un prototipo de semita.

El hijo póstumo de un patriarca, *Abdallah* (Siervo de Dios), poseyó la fortuna de poder viajar en Palestina y Siria, Mahomet supo discernir la estructura metafísica más pura y auténtica del “mundo” del beduino del desierto. Propuso entonces un Monoteísmo riguroso, una igualdad absoluta del creyente, una devaluación de las convenciones o diferencias históricas. Nacido en el 560, pastor en las laderas que se levantan junto a la Meca, ama la soledad, el silencio, la oración, la reflexión. Es el prototipo del profeta, del hombre con una vocación, con una visión clara sobre su tiempo y su función en la Historia.

Frente a la religión rudimentaria y sincrética de los árabes, Mahomet propone una doctrina de gran coherencia, de un mesianismo arrollador, de una gran tensión escatológica. Confiado en haber sido llamado por Allah, el profeta confía en sí mismo, en sus parientes, amigos, en la nación árabe que debe superar la división de tribus para lanzarse a la “Guerra Santa”. En el 622 “huye” (hégira) a Medina expulsado de la Meca. En aquella ciudad constituye el primer grupo de “creyentes” (muslim). El 17 de Ramadan del 623 —año segundo de la Era islámica— el Profeta vence a la Meca, que no sólo no pierde sino que gana aún en importancia: es la “Ciudad Santa”. Mahomet muere el 8 de junio del 632, habiendo logrado una cierta unidad entre numerosas tribus. Pero a su muerte, es Abu-Bakr, sucesor (Khalifa) del Profeta, quien logra con gran audacia y prudencia, reunir nuevamente a las tribus y lanzarlas a la conquista de los horizontes limítrofes. Lo que al principio son bandas de entusiastas “creyentes” poco a poco se transforman en ejércitos de hábiles jinetes. Hira cae en poder de Abu-Bakr e igualmente muchas poblaciones palestinienses. En verdad el Khalifa sólo perseguía a los apóstatas (rida), pero rápidamente comprendió la debilidad de los grandes Imperios. A su muerte le sucede Omar (634-644), quien realiza una conquista no menos sistemática que inesperada —aún para los mismos invasores—. En el 642 toda la Persia fue ocupada, y Yezdeguerd III moría en Merv —sin recibir la ayuda del Emperador Chino.

En Palestina, Bostra (634) y (Yarmuk (636) dieron a los árabes una entrada fácil. Jerusalén, habitada en gran parte por Judíos y Cristianos disidentes aclamará a los Árabes

como libertadores (637), no creyendo por otra parte la importancia de este hecho ni la continuidad de una tal ocupación. Poco después la misma Alejandría cae en poder de los Árabes (643), con lo que Omar puede comenzar a constituir su poder naval.

[2] Desde la muerte del segundo Khalifa hasta la constitución de la Dinastía Omayyad (661-750) el Islam atraviesa su primera gran crisis. Otham, musulmán que interpreta la doctrina del Profeta en un sentido más relajada (muere en 656), se opuso al grupo de Ali, partidario intransigente y pietista del Corán (muere en 661). Les sucede el primer Khalifa omayyad, Mo'awiya, que toma por capital la antigua ciudad siria de Damasco. Dueños del Mediterráneo oriental, de Siria y Egipto, disputando continuamente Anatolia, el Islam llega hasta el Oxus. Bajo los Omayyad se produce la conquista del norte de África y de España; e igualmente en este tiempo el Islam conoce sus primeras derrotas que marcarán la culminación de su expansión geográfica (Poitiers ante los Francos, [732] y la inexpugnabilidad de Constantinopla que logra recuperar algo de su influencia marítima e impedir al Islam la ocupación de Anatolia). La conquista del valle del Indo entrega al Islam todas las rutas esenciales del comercio mundial: la de las caravanas del Tarim, la del Irán, las rutas navieras del Océano Índico y Mar Rojo y Mediterráneo.

La Dinastía Abásidi, que cambió la capital hacia Bagdad, manifiesta, primeramente, la transformación del Khalifato de meramente árabe a propiamente musulmán (fue fruto de un apoyo popular de los “creyentes” no-árabes) (750-1258), pero, y lo que será muy importante desde un punto de vista comercial, transformará al mundo musulmán en un Imperio continental —siguiendo los pasos a los Sasánidas persas— sin poder dominar el Mediterráneo. Las rentas del Estado llegaron a calcularse en 411 millones de francos oro (los del Khalifato de Córdoba llegarán a 480 millones).

El mundo musulmán, desde la caída de los Omayyad, sufre una nueva crisis, y esta vez de una división de la cual nunca podrá ya recuperarse —ni aún en nuestro tiempo—. El último sucesor de la Dinastía Omayyad, Abdherrañane, se refugió en España, donde fundó una dinastía musulmana independiente con una organización político-económica volcada hacia el Mediterráneo: el Khalifato de Córdoba. El Egipto se separa bajo la Dinastía Tilunida; en el 800 se reconoce la independencia de la Dinastía Aghlabida —en la actual Tunez; el mismo Marroco se libera igualmente de Bagdad. La ruptura del Imperio musulmán —que sólo duró unificado un siglo y medio— manifiesta la imposibilidad de mantener solidariamente organizado bajo un mismo Estado los territorios de los Persas y Romanos.

Todo esto no impidió a Bagdad y Córdoba alcanzar su época clásica en torno al siglo X —desde el 850 al 1200—, que antecede al siglo XIII de la Cristiandad europea, pero que coincide con el gran siglo X de Constantinopla.

Fácil es imaginarnos la riqueza de Bagdad, que había reorganizado y superado aún el sistema persa, tanto en la división política, como en organización burocrática y económica. Pero algo más difícil no es vivir el esplendor de Córdoba, que llegó muy pronto a los 500 mil habitantes. España fue explotada sistemáticamente por los musulmanes, que supieron crear toda una agricultura, minería, industrias y comercio como nunca había contemplado la península. La numerosa afluencia de judíos, a veces expulsados de la Europa Medieval, dio nuevo incremento a la ciencia y la economía. La tolerancia musulmana permitió un mundo cosmopolita al mismo tiempo que liberal. Los mejores orfebres orientales se trasladaban a Andalucía. Los mejores textos literarios, científicos y filosóficos se traducían en sus Universidades. París deberá lo mejor de sus aulas a Córdoba —por intermedio de Toledo—. El Islam y no Europa, significaba el fruto maduro de la Historia Universal en el siglo X y XI.

Sólo el mundo árabe había asumido la Antigüedad indoeuropea, pero profundamente purificada a través del tamiz de una conciencia semita.

El khalifato continental de Bagdad —habiendo perdido el Mediterráneo en manos de los Estados musulmanes del África—, y por la crisis China contemporánea, se vio obligado a replegarse sobre sí mismo, y cayó inevitablemente en una crisis que impidió ya hegemonizar una economía mundial unificada —y esto hasta el siglo XVI. Pero lo que fue aún más grave es que en el 875 los Samanidas, familia iránica, arrebató al Khalifato toda la región de Bukhara; poco después, otra familia iránica, los Buidas, constituyeron por su propia cuenta el enorme emirato de Irán occidental. En el 962 los Turcos se hicieron presentes en el norte y fundaron un reino, que tenía por capital Ghazna. En el siglo XI las bandas turcas incursionan en todo el territorio, pero especialmente en el norte de la India. Ghazna llega a hacer una ciudad riquísima —que acumula los tesoros de tokharios, hindúes y musulmanes.

Armenia se independiza de Bagdad, y poco después la misma península arábiga —cuna del Islam. Bizancio recupera la Siria con Nicéfora Focas. El Khalifa se reduce sólo a su autoridad religiosa incuestionable, pero el Imperio desaparece totalmente. Los Turcos por su parte van desorganizando el Imperio bizantino y ponen en peligro los principados rusos, dominando por último toda la estepa euroasiática. No debe olvidarse que aunque de origen asiático los Turcos se han convertido al Islam, y en el nivel de la cultura significan una nueva expansión de la cosmovisión semita.

La economía mundial ha sido dislocada. El aislamiento de la China es inevitable, habiéndosele cerrado el Tarim, ya que los turcos dominan lo que desde ese tiempo recibirá el nombre de Turquestán. La India pierde igualmente contacto con el Egipto y Artioquía. Bizancio no puede ya contar con los eslavos —más o menos incomunicados o dominados por los Turcos—. La destrucción de la economía —y de la vida en general— de Constantinopla y Bagdad dará gran incremento de posibilidades a las ciudades marítimas italianas. Venecia, Génova, Amalfí, y todos los territorios alimentados por su riqueza, significan ya el origen de una nueva etapa de la Historia Universal. Sin los turcos difícilmente el centro de la Historia se hubiera trasladado de la Mesopotamia y el Egipto a Europa continental.

Veamos ahora el más importante de los elementos constitutivos de la cosmovisión Islámica; es decir, la doctrina de la intersubjetividad o la noción comunitaria del musulmán.

[3] El *Islam* (sumisión perfecta) o *tavakkul* (abandono) es la confianza absoluta en los Decretos eternos del Único *Allah* (Dios), de los que habitan en la *dar al-Islam* (Mansión del Islán, o pueblos y territorios donde el Islán reina). La *dar al-Islam* tiene un límite histórico y empírico concreto, pero su vocación es universal, ella debería ser toda la tierra, más, es ya de hecho la tierra aunque todavía no hayan todos los hombres descubierto conscientemente el formar parte de dicha comunidad creyente⁵³.

En el *Corán* (7, 172) se cuenta que cuando el Señor haga comparecer los descendientes de Adam para juzgarlos, él preguntará: “No soy acaso vuestro Señor?”, a lo que todos responderán: “¡Ciertamente, lo testimoniamos!”. Es el hecho misterioso del *mithaq* (Alianza, *covenant* en inglés) que habría sido realizada —según una tradición aceptada en el Islam— en la eviternidad (*azal*) antes

⁵³ Cfr. *The Encyclopedia of Islam*, por Gibb-Kramer..., Leiden-London, 1960; *Inde Islamique*, por J.D. Pearson, Cambridge, 1958; A. Harnack, *Der Islam*, en su *Dogmengeschichte*, II, pp. 539-539; Abdel Khalek Ezzat, *Dictionnaire Française-Arabe*; Abd-el-Jalil, *Aspects intérieurs de l'Islam*, Paris, 1949; Cardet, *Raison et Foi en Islam*, en RT (1937-38); Massignon, *Essai sur les Origines du lexique technique de la Mystique musulman*, Ceuthner, Paris, 1922; E. Lévi-Provençal ha escrito sobre los árabes en España: *Histoire de l'Espagne Musulmane*, Maisonneuve, Paris, t.1-4.

de la creación. Es decir, la religión de Mahomed propone no una Alianza *histórica* entre Dios y los hombres (como en el caso de Abraham), sino *natural* y por ello mismo absolutamente inherente a todos los hombres: universal. El hombre debe solo cumplir con una condición (*shart*): proclamar pública y conscientemente (*shahada*) la absoluta unicidad y trascendencia de *Allah*. Desde ese momento es un miembro de la *umma* (la Nación de *Muhammad* —Mahomed—). ¡He aquí los fundamentos de esta religión natural (*fitra*), de una gran coherencia y tentadora simplicidad⁵⁴.

El *Corán* dice claramente: “Los creyentes son hermanos” (49, 10). Sin embargo, dicha fraternidad es una obra del tiempo, y además posee una cierta jerarquización.

Las comunidades pre-islámicas⁵⁵ se organizaban en tribus —tipo de intersubjetividad que permanecerá profundamente enraizada en la conciencia musulmán.

El profeta realiza un acto revolucionario cuando establece el pacto supra-tribal de la conocida *Shaiifa* por la que se unieron, no ya por sus vínculos de sangre, sino por la “sumisión (*islam*) a Allah”, eliminando a la población hebrea. Este pacto es el fundamento de la *teocracia laica* de Medina, organización radicalmente renovadora y que será, por analogía, aplicada al Imperio Kalifal. Así se supera el período “de la ignorancia” (*al-djahiliyya*), cuando las tribus enemistadas unas contra otras, adoraban los ídolos y confiaban en la magia y los sortilegios.

A la muerte del profeta luego de una temporaria división, gracias a la presencia de Abu-Bar, la comunidad de la Meca toma nuevamente la dirección del Islam gracias a la unidad de la jornadas de la *Saquiifa* —punto de partida de la expansión de la *umma*—. Este es el primer “sucesor” (*Khalifah*) del profeta, y juntamente con los otros tres Kalifas serán denominados: los rectos (*rashium*) (632-661). La familia de los *Kuraish* de la Meca, dirige la expansión de algunos miles de beduinos que constituyen en menos de diez años un auténtico Imperio. Todo ello sin embargo se basa en una estructura intersubjetiva que permite una tal expansión. La batalla *al-Yamamah* unifica los pueblos árabes peninsulares **en el 63**, y la derrota progresiva del Imperio Bizantino y Persa con el efecto de poder que la *mithaq* (Alianza) primordial, prehistórica y universal confiere al pueblo árabe, puesto que ha sabido *renovar en la historia* (la *shart*) dicho pacto, dando así unidad; a las tribus, a la expansión religiosa, a la expansión militar, a la predicación de una doctrina de igualdad.

Existe en ese Imperio un “espíritu de cuerpo” (*asabiyya*), aunque organizado por una red compleja de relaciones interpersonales más o menos reguladas por el Corán, la costumbre, las influencias extranjeras y el capricho a veces de los gobernantes.

Las dinastías de los *Omayyadi* (661-750) se caracteriza por un equilibrio inestable. Al *dar al-Islam* se opone el *dar al-harb* (Mansión de guerra), es decir, todos los países in-fieles (sin fe) y además el *dar al-salh* (Mansión de reconciliación), países tributarios. Dentro del mismo Imperio (*dar al-Islam*) existía el *haram* (territorio prohibido) y el estatuto especial de judíos y cristianos (*dhimi* = protegidos). Vemos como se ha pasado, casi inmediatamente, de una organización tribal a otra Imperial, donde se ha guardado la unidad, la identidad del sistema patriarcal, donde el poder político

⁵⁴ Es evidentemente esta “simplicidad” lo que permitirá influenciar las escuelas de artes liberales de la Edad Media y por medio de los juristas se transformará (bajo la inspiración de M. de Padua y Ockam) en el fundamento mismo de las teorías regalistas. No sería difícil encontrar relaciones también entre esta simplificación y la escuela nominalista, luterana y calvinista. Sin embargo, no hay que exagerar esta influencia, porque las mismas concepciones romanas (bizantina) se encuentran a la base del humanismo islámico, como las romanas (latina) fundan, aunque indirectamente, la concepción renacentista.

⁵⁵ Véase Th. Nöldeke, art. *Arabs (Ancient)*, en *Encyclof Rel.and Eth.*, Hastings, New York, I (1959) col. 659-673; G. L. Bella Vida, *Arabs*, en *Enclicl. Ital.*, Teccani, Roma, III (1949), 820-838; H. Lammes, *Le culte des Bétyles et les processions... chez les Arabes pre-islamiques*, en *Bull. De l'Inst.Franc. d'Archeol.Orient* (El Cairo) XVII (1920), 38-101. J.D.Pearson, *Index Islamicus*, Heffer, Cambridge, 1958, —Luzac, Londres, 1960—; etc.

es ejercido por el responsable de la función religiosa. La identidad de lo temporal y espiritual, de lo natural y religioso es absoluta, sin posibilidad futura —al menos inspirada en la tradición coránica— de un discernimiento en este sentido.

La dinastía *Abbasidi* (750-1258) significó un nuevo paso hacia la igualdad real de todos los creyentes. Descendientes de *al-Abbas* (tío paterno de Mahomed), comienzan la rebelión en el 747 apoyados por los persas islámicos, pero no de raza árabe. Los *mavali* (creyentes de origen no-árabe) luchan para alcanzar la igualdad con los creyentes árabes (esto se logra, de algún modo, con los *Abbasidi*); mientras que los *shu'ubiyya* (pueblos) luchan contra los *Abbasidi* para obtener la igualdad de derechos políticos —hasta constituirse movimientos cismáticos, tales como los Kharijitas (Berberes) o los Shihitas (Iránicas) —contra los Sunnitas = “tradicionalistas”—. Es decir, la igualdad intersubjetiva debe mestizarse, ya que la complejidad de los pueblos “de base” impedía alcanzar rápidamente la unidad deseada.

La sociedad islámica se organiza, entonces del siguiente modo: En primer lugar, la familia del Profeta y la *tribu* dominante de la antigua Meca (los *Quraish*). En segundo lugar, todo el pueblo *árabe* propiamente dicho (en el presente no son más de 15 millones de árabes puros) y los arabizados o arabófonos (que hoy no pasan los 60 millones). En tercer lugar, los creyentes. Al interior de la *umma* (pueblo de creyentes) se constituyen paulatinamente diversas “comunidades” con idiosincrasia propia: desde la Andalucía y los **Berberes**, hasta la Turquía, Irán, Afganistán, India, Pakistán, **Malasia**, etc. (no nos referimos a las naciones modernas, sino a las auténticas comunidades de cultura islámica con características perfectamente discernibles).

Antropológicamente el creyente islámico posee entonces un *nosotros* natural y de “institución divina” (la *mithaq*): la *umma*. Un *nosotros* constituido directamente por *Allah* pero no como estructura dialogante, sino monologante: *Allah* es absolutamente todo. *Allah* no es un *tú*, o un *yo*, sino más bien un *El*. *El* nos habló a nosotros por medio de los profetas, especialmente por el último y el más grande: Mahomed.

[4] Los creyentes (*mu'minun*) —apoyados en el *Corán* y la *Sunna* (tradición del Profeta)— poseen una estructura concienical universalista fundada en la relación directa con *Allah*:

“El magisterio legislativo (*amr*) pertenece al *Qorian* (Corán) sólo: el magisterio judicial (*fiqh*) pertenece a todo creyente que, por la lectura asidua y ferviente del *Qor'an*, adquiere, con la memoria de las definiciones y la inteligencia de las sanciones que él dicta, el derecho de aplicarlas. Por último el poder ejecutivo (*hukm*) a la vez civil y canónico, que pertenece a Dios solo como lo repiten los *Kharijitas*... La comunidad de creyentes jura solo obedecer a Dios (*bay'a*)...”⁵⁶

Es decir, para un musulmán la *fe* islámica es el fundamento mismo de la existencia humana. Sin *fe* el hombre es radicalmente excluido de todo bien y toda sociedad política es intrínsecamente perversa (pues se encuentra en el *dar al-harb*, objeto de la “Guerra Santa”⁵⁷).

⁵⁶ L. Massignon, *La Passion d'al-Hallaj*, Gouther, París, 1922, p. 719. Debemos llamar la atención —una vez más—, sobre la analogía de esta doctrina y la del nominalismo (que a través de Lutero se transformará en una Teología, que con el tiempo, será individualista).

⁵⁷ *Mutatis mutandis* por la doctrina del pecado original —tanto jansenistas como luterana—, entendido como corrupción de la naturaleza misma del hombre, se llegan a las mismas conclusiones: para un jansenista o un luterano solo la Gracia confiere alguna “bondad” a los actos. Es decir, no existe ningún acto naturalmente bueno (contra lo que Rousseau —educado en un medio calvinista— protestará: ninguna sociedad exclusivamente natural

No existe un orden natural, o si se quiere, el único orden natural es el islámico. Aunque de hecho “tolere” a los judíos y cristianos, en un orden esencialmente intransigente, por cuanto no puede admitir de ningún modo el más pequeño valor real en todo *otro* pueblo. Es una teocracia laica, una religión natural revelada, una comunidad monista por principio al mismo tiempo que universalista —ya que pretende aunar todos los hombres bajo una misma fe u organización religioso-política—⁵⁸.

En el capítulo sobre la influencia del averroísmo (movimiento de origen árabe en el pensamiento medieval) sobre la obra de Marsilo de Padúa, nos dice Georges de Lagarde:

“El comprenderá más claramente que todos sus antecesores las características profundas del Estado antiguo, cuyo *monismo* exclusivo se oponía netamente al *dualismo* inherente a toda sociedad cristiana”⁵⁹

Ese monismo no es exclusivo al Estado antiguo, sino también es la estructura adoptada —como una conclusión político-social de sus principios antropológicos y teológicos—, por los semitas árabes de la era kalifal.

Cada creyente, cada laico, cada ciudad de la *umma* (términos sinónimos) es simultáneamente autónomo de toda autoridad creada, y sin embargo y al mismo tiempo, el creyente acepta una autoridad —a veces despótica—. Veamos rápidamente estos dos aspectos paradójicos dentro del monismo social del Islam.

Los *shihitas* se inclinan por la doctrina de un *Iman* supremo —es decir, por una concepción autocrática del poder—; mientras que los *Kharijitas*, puristas, profesan un *igualitarismo* absoluto. Los *sunnitas* aprueban el “justo medio”. La igualdad del creyente no se funda ni en la libertad de la persona, ni en su dignidad simplemente humana. No existe una igualdad humana. Existe una igualdad del creyente y gracias a su participación en la “Comunidad musulmán” (*umma*). No es entonces una igualdad de creación (como lo deja entender la tradición yehvista del *Génesis*), sino histórico-contractual (por el cumplimiento de la *shart*: la profesión de fe musulmán).

que pueda orientarse a un Bien común. Existe entonces una *sola sociedad* con consistencia propia: para el jansenismo: el Reino de Jesucristo; para el Islam: la *umma*, el *dar al-Islam*.

⁵⁸ La religión natural del Iluminismo o de un Augusto Comte hacen pensar nuevamente en una influencia lejana y siempre presente del Islam en el Occidente (o de la ciudad antigua).

⁵⁹ *La naissance de l'Esprit Laïque*, París, 1948, II, p. 94. Es necesario considerar justamente que la idea misma de un Estado *laico* no puede venir de la ciudad antigua donde existía un sacerdocio perfectamente constituido, y donde a veces los gobernantes podían cumplir funciones religiosas, si previamente eran constituidos *pontifex*. Mientras que es la sociedad teocrática y *laica* islámica, el ejemplo concreto en que los “averroístas” latinos se inspiraban creyéndola —dicha sociedad— descubrirla en los escritos de Aristóteles. Pero aún es más —y esto intentaremos demostrar en nuestro trabajo sobre el humanismo cristiano— la idea misma de una sociedad natural diversa de la *Iglesia*, es decir, dirigida por ciudadanos y no por sacerdotes no puede ser sino el fruto de postulados *exclusivamente* incluidos en la estructura de la conciencia cristiana (aunque de hecho pueda inspirarse en otras formas monistas para alcanzar expresa conciencia dentro del dualismo único y esencial propuesto por el cristianismo: la sociedad humana y natural, y la sociedad sobrenatural) Alan Cewirth muestra que la doctrina de Marsilo es ambigua y ciertamente no monolítica (*Marsilius of Padua*, Columb, Univ., New York, 1951, I, pp. 291-302: *The Church and the State*). El mismo Ockam, en la primera de las ocho cuestiones, parte de la tradición judeo-cristiana (fundándose en el Antiguo y Nuevo Testamento), no poniendo en duda el hecho de las dos potestades; no es ya griego o islámico, sino cristiano (Cfr. *Guillelmi de Ockham, Opera Política*, ed. J. G. Sikes, Manchester, 1940, I, pp. 14-59, primera cuestión de las *Octo Quaestiones de Potestate Papae* (1340-1342)

El estatuto del hombre no se define positivamente (resaltando su valor, bondad o realidad: *imagen* divina, en la tradición judeo-cristiana), sino negativamente: el hombre es exclusivamente el siervo de Dios (*'abd*). El esclavo es rigurosamente nada. Solo cuenta el Señor (*rabb*) y su señoría (*rububiyya*) es absoluta:

“Ser servidor, ser esclavo de Dios querría decir para el hombre ser absolutamente nada, ser ontológicamente nada. No hay una persona humana con derechos que deriven de su naturaleza creada por Dios... La persona no existe sino por la intervención intrínseca y discontinua de Dios.”⁶⁰

Así son todos los hombres desde el Kalifa hasta el último hombre en el plano de la mera naturaleza (*'abd*): “Hermano de barro” (*tin*).

Pero en el momento en que ese esclavo (*'abd*) se convierte en un creyente (*mu'min*) transforma radicalmente su estatuto: gana la confianza, el beneplácito (*rida*) de su Señor, garantía de la resurrección y vida eterna⁶¹.

Desde ese momento no “hay superioridad del blanco sobre el negro, ni del árabe sobre el no-árabe”⁶²: “hermano en religión” (*din*).

Esta igualdad, por ejemplo, se ejerce en el campo de la propiedad (*tamlík, mulkiyya*). Solo *Allah* tiene “dominio” (*mulk*) sobre las cosas, pero cada hombre es su “representante” (*khalifa*) en la tierra. De aquí posee el libro uso (*ibaha*) de todo, siéndole permitido (*mubah*) a todos. El origen de la propiedad es triple: el botín de guerra, la concesión del Kalifa y el trabajo. El no-musulmán tiene un régimen impositivo especial —que muchas veces inclinó de hecho a la conversación, a fin de evitar un tal impuesto, agobiante.

[5] La autoridad y el poder que poseen los que la ejercen se funda en principios claramente expresados en la tradición islámica: la ley coránica explicitada por los doctores en jurisprudencia, las costumbres tribales pre-islámicas, la influencia del Imperio Bizantino, iránico y turco. Es decir: “Obedeced a todos los que detectan el poder” (*Corán* 4,59). Pero al mismo tiempo: “todo poder (*hukm*) no pertenece sino a Dios” (*Corán*, 6, 57). Para un creyente es obligatoria la obediencia dentro de la Ley y la Justicia (*'adala*). Pero al fin, por un atavismo tribal, el “signo evidente” del querer de Dios es el triunfo concreto en la empresa realizada (como en la moral puritana, base de la conciencia capitalista).

El profeta tiene como misión (*risala*) transmitir el decreto (*arr*) divino, en forma de ley revelada (*shar'*). Solo *Allah* es legislador (*shari'*) —ni el Kalifa, ni la comunidad tienen el último poder legislativo—. El movimiento Helenista (*falasifa*) proponía un determinado quasi-absoluto del universo creado (una ley natural necesitante) —este movimiento fue tenido como hereje—. Los *mu'tazilites* llegaban a afirmar que el hombre era “creador de sus actos”. Sin embargo, el movimiento mayoritario y tradicional, es profundamente ocasionalista —en analogía al pensamiento de Duns-

⁶⁰ L. Gardet, *op. cit.*, p. 53. Ver la nota 2 en la página 52. El atomismo ocasionalista de la escuela *ash'irita* es propiamente islámica.

⁶¹ Se nos ocurre nuevamente hacer el paralelismo entre esta doctrina y la posición del “Justo y pecador simultáneamente” de Lutero. Pecador radical por la naturaleza corrupta por el pecado original, justo radical por la Gracia en Jesucristo. Lo único que el musulmán no admite esta paradoja en tensión dialéctica: el creyente es solo justo (el antiguo esclavo ha sido absolutamente asumido en la nueva personalidad del *mu'min*). El islam, en su coherencia y simplicidad absoluta, no admite tensiones dialécticas ni medias tintas (¡qué son sin embargo tan necesarias para el progreso humano!).

⁶² 'Abd al-Wahhab, en *Siyasa* p. 40 (Gardet, p. 59).

Scoto-: no existe una “ley de la naturaleza”, sino una “costumbre (*sunnat*) de Allah” en operar siempre del mismo modo (*Corán*, 48, 23), que además, se encuentra corroborada en la comunidad humana por la ley positiva revelada, que funda la autoridad kalifal⁶³.

Además del Corán y la tradición (*sunna*), existe la posibilidad de una aplicación de un principio analógicamente (*giyas*), y además la resolución de un caso absolutamente nuevo gracias al “consensus” (*ijma'*) de la comunidad –de hecho expresado por el consensus de los doctores del Corán (*ulama*)—. Sin embargo, ese “consensus” no es absoluto, un poder legislativo ilimitado, sino que puede actuar dentro de los principios del Corán y la tradición y solo en los casos previstos.

Por último, todo creyente, al menos en derecho podría ejercer la “búsqueda personal” (*ijtihad*), y con mayor razón un doctor. Es un trabajo hermenéutico al que se libra todo que siente un *mujtahid* no encuentra nada legislado por las cuatro fuentes normales de derecho (nombradas arriba), acerca de un caso singular o general que debe resolver. No podemos extendernos sobre el particular. Solo queríamos hacer notar la complejidad viviente del espectro formal legal de la intersubjetividad islámica que funda y regula la acción ejecutiva de los “sucesores” (*Kalifa*), que no puede ser, en derecho, autocrática.

Los kalifas (instituidos por el Corán para la escuela *ash'arita*: de obligación racional para los *mu'tazilitas*) tienen diez deberes a cumplir. El primero de ellos dice: “Debe conservar la religión según sus principios establecidos, que son el acuerdo de los Ancianos de la comunidad (*ijma'*)”⁶⁴

El individuo, cada creyente, en tanto meramente creatura no posee ningún derecho intrínseco. En tanto el creyente, es miembro de la *umma* investido entonces de deberes y derechos. Sus deberes tienen como regla el Corán, los otros órganos legales, la autoridad del Kalifa y demás autoridades nombradas legítimamente por él. El Islam solo se ocupa de los actos exteriores, aunque la salvación de cada uno —ante el juicio divino— exige igualmente la recta intención (*niyya*). Los hipócritas serán duramente juzgados (*Corán*, 4, 138-143; 9, 68; etc.).

El humanismo —*insaniyya*— islámico esencialmente universal es perfectamente coherente y equilibrado en el plan de la *umma*, de la fe. El individuo encuentra su lugar, siendo sujeto de derechos inalienables, con organismos intermedios defensivos, con una autoridad que no es absoluta, bajo una ley muy flexible —todo esto al menos en derecho—. Ciertamente, en este plano; existe un *bien común*: bien de la *umma*, de la comunidad de creyentes, en el espacio de la *dar al-Islam*, bajo una fraternidad o coherencia social muy profunda. Pero el dicho bien común es el fin de una *teocracia laica monista*, y aquí se encuentra, quizá, la debilidad de este humanismo que bebió negar de algún modo la ley natural y las sociedades meramente seculares⁶⁵. De hecho, pareciera ser un humanismo particularista, cerrado a los solos islámicos, exclusivo a los creyentes. La coherencia y simplicidad monolítica estuvo al origen de su triunfo instantáneo, pero quizá haya sido igualmente el principio de su ruina y de la causa del malestar actual.

Hemos visto, entonces, dos tradiciones del semitismo: la judeocristiana que descubre paulatinamente un *dualismo* social (dos Reinos o sociedad diversas); la islámica que se inclina hacia un *monismo* político-religioso. Pero en ambos casos, el monismo antropológico y ético —que hemos

⁶³ Es interesante anotar como Lutero, partiendo de la inexistencia de la ley natural concluye, por el contrario, en un radical pesimismo contra la autoridad “mundana”. Cfr. p. e.: *Von weltlicher Obrigkeit, wie weit man ihr Gehorsam schuldung sei* (1523), Wimarer Ausgabe, II, 245-280. Karl Barth adoptó radicalmente esta posición hasta la segunda guerra mundial. La diferencia con el Islam es que la Ley evangélica no es política, sino trasciende toda acción política; mientras que la Ley coránica es al mismo tiempo política, cimiento de la teocracia musulmana.

⁶⁴ Mauardi, en *Ahkam* (tr. franc.: *Les statuts gouvernementaux*, Alger, 1915, p. 14/30-32) (Gardet, 155).

⁶⁵ En la Edad Media cristiana, *de hecho*, se vió en ciertas épocas una “teocracia sacerdotal monista”, pero nunca en virtud de un *principio* que la fundara. ¡Esta diferencia entre *hecho* y *derecho* es esencial!

analizado en el primer apartado— ha permitido a los semitas tomar una postura clara ante las influencias indoeuropeas (por ejemplo: la griega e iránica). Ante el dualismo del alma-cuerpo (antropológico), mal-bien (moral), perfección *genérica* de la ciudad y perfección individual *fuera* de la ciudad (política), el semita antepone una estructura de conciencia distinta. Siendo el ser humano unitario, y siendo la causa del bien y el mal, a partir de la metafísica o la intersubjetividad constituyente de la Alianza, *la perfección personal* o individual del semita se debe siempre realizar *en comunidad*. La propia perfección es impensable, para un semita, *fuera* de la comunidad que lo salva. Y sin embargo, será en función de su propia libertad, que su salvación *personal* le será otorgada *en* la comunidad. No hay entonces *oposición*, entre el bien *genérico* de la ciudad y la perfección privada que pretende la divinización por la contemplación; sino que el bien *común* de la comunidad histórica, es el fin al que tiende cada semita para alcanzar su *propia* salvación como “servidor” de la comunidad en la Historia; y por ese “servicio”, “trabajo”, recibe como un don de Yehvah o Allah la resurrección eterna. Este nos introduce ya y será confirmado, al y por el apartado siguiente.

CONCLUSIONES DE LA SEGUNDA PARTE

Hemos llegado al fin del choque milenario entre indoeuropeos y semitas. Estos últimos se han ido imponiendo sucesivamente en diversos horizontes geográficos, y el futuro les deparará aun mayores procesos.

§ 37. SIGNIFICACIÓN DEL JUDEO-CRISTIANISMO PARA LA CULTURA LATINOAMERICANA

Después de habernos ocupado largamente de tantos grupos culturales del continente euroasiático, muchos podrán preguntarse —como nos preguntábamos a nosotros mismos en el fin de la Primera Parte— si todas estas referencias no son un tanto innecesarias para una comprensión acabada de la cultura latinoamericana. Creemos, y es la hipótesis que proponemos, que las últimas estructuras de la conciencia latinoamericana —sin ningún lugar a dudas durante el tiempo de la Cristiandad colonial— son semito-cristianas. Cuando decimos esto, no nos referimos a un religión positiva y explícitamente ejercida como culto y fe; sino que nos referimos a estructuras antropológicas, metafísicas, culturales, que fundamentan toda la visión del mundo y los comportamientos concretos de todo un “ethos”. Para justificar científicamente, es decir, por sus primeras causas, el “mundo” que el conquistador vivía, el mundo dentro de cuyo horizonte se realizará la conquista y la constitución de la América colonial —y, evidentemente, la misma América latina independiente, que aunque produciendo una ruptura radical continuara en su “ethos” los comportamientos ancestrales— no hemos podido evitar este largo recorrido en la historia de los pueblos euroasiáticos. La “semitización” del Mediterráneo, Europa, Rusia, del Medio Oriente hasta el Indo e Indochina, y de la Siberia no puede pasar desapercibida a un historiador de la cultura latinoamericana. Nuestro continente será el fruto de ese proceso de “semitización” a nivel de las estructuras intencionales —sea por el Cristianismo, sea por el Islam, sea por ambos secularizados—. Cuando la Europa medieval será constituida por la división del Mediterráneo debido a las conquistas árabes, Portugal y España continuarán a través del Atlántico la planetización de las estructuras intencionales de las culturas “semitas”. Los indoeuropeos —no en tanto razas, cuya unidad es cuestionable, pero en cuanto sus estructuras intencionales— irán desapareciendo hasta quedar reducidos al solo ámbito de la India hoy en “crisis de creencia” de sus primeros principios: El panostismo, la ensomatosis, el rechazo de los bienes técnicos y del cuerpo, el desapego de la historia.

América latina sólo puede explicarse por el choque, que estudiaremos en la *Tercera Parte*, entre las culturas amerindianas de tipo asiático pre-indoeuropeo y los hispanos, que poseían una *Weltanschauung* y un *ethos* doblemente semita: Sea por la vertiente de la Cristiandad medieval impulsora de la “reconquista”, sea por la vertiente musulmana cuyo mejor exponente fue el Khalifato de Córdoba en el siglo X.

Para poder apreciar la significación de dicho “choque” es necesario haber seguido paso a paso la milenaria evolución. Para comprender la distancia “histórica” entre un conquistador y un amerindio —en la edad calcolítica—. De todas maneras toda la historia del Continente

euroasiático no puede sernos extraña, *porque es nuestra propia proto-historia*, la historia de nuestra *primera constitución*. Cortés será la expresión del extremo occidente del Occidente y Malinche la del oriente extremo del Extremo Oriente.